

©Eduardo Heras León

Enero 2013

Ésta es una publicación de la Rosa Luxemburg Stiftung
y Para Leer en Libertad AC.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

El viejo y el horno

Historias de la revolución cubana

Eduardo Heras León

Índice

El viejo y el horno 7

Asamblea de efectos electrodomésticos 17

Rosendo el cojo 23

Urbano en la muerte 41

Cuestión de principio 53

El viejo y el horno

Cien veces me han preguntado por qué sigo en esta fábrica y cien veces he respondido lo mismo. Y si me lo preguntan es porque conocen mi carácter. Porque saben que hablo poco y que no me gustan las bromas. Que tengo fama de ácido y no le aguanto a nadie una confianza. Porque he tenido muchas discusiones, hasta con el administrador. Pero siempre respondo lo mismo. De aquí no me voy. En esta fábrica sigo hasta que me retiren.

Los que me preguntan no entienden bien mis razones. O parece que no entienden. O no quieren entenderlas. Me tiene sin cuidado. Que piensen lo que quieran. Yo estoy aquí, y aquí sigo. Aunque a veces uno se moleste porque le buscan a uno la lengua. Y cuando ya los años le pesan a uno encima del pecho, entonces ya no se está para bromas o para andar perdiendo el tiempo en boberías. Ésa es mi norma. Y así he trabajado aquí desde que empecé, desde que esto no eran más que dos naves todavía a medio levantarse y ni una grúa siquiera se había instalado en la planta.

Así que para que no pregunten más y me dejen tranquilo de una vez, vuelvo a repetir que de esta fábrica no me

voy, aunque ahora no sea igual que hace unos años, aunque ahora no se me necesite igual. Porque se avanza. Estos años pasan más rápido que los de antes, aunque duren lo mismo. Lo que pasa es que ahora el tiempo falta para las cosas que hay que hacer. Pero hay más gente. Y es gente que sabe. Eso es verdad. Aunque de todas formas tengan que aprender aquí unas cuantas cosas que no les enseñan en las escuelas. Pero las aprenden. De eso no hay dudas. Aunque les cueste y tengan que echarse en el bolsillo ese poquito de autosuficiencia que traen. Yo entendí bien todo eso. A mis años, uno sabe el lugar que le corresponde. Por eso, cuando Losada llegó aquí con su título nuevo de Ingeniero Eléctrico, yo le dije a Sosa:

—Ya hay un ingeniero en fábrica, así que cuando quiera lo nombra jefe de Mantenimiento, ya mí me deja de electricista “A”, que eso es lo que soy yo.

Él se echó a reír y no me hizo caso, y el ingeniero Losada empezó a trabajar conmigo. Y él no es un mal muchacho. Es inteligente. Y trabaja como un buey. Se sabe embarrar de grasa y ensuciar las manos, que eso es muy importante en un ingeniero. No vaya decir que no hemos tenido discusiones. Ha habido algunas, sobre todo porque él trabaja mucho con la vista, mirando los planos, y yo con el oído, oyéndole el ruido a los motores. Y no es que se lo tenga a mal. Es natural que él lo haga así, pero muchas veces le digo que además hay que hacerlo como yo lo hago. Y él me oye, eso es verdad. No me dice que sí o que no. Pero me oye. Y eso es otra buena cualidad, no sólo en un ingeniero, sino en cualquier persona.

Ya no se puede decir que Losada sea un novato. Porque ya lleva tiempo aquí y ha aprendido bastante. Y como lo que hace siempre es trabajar y como no se pasa la vida perdiendo

Eduardo Heras León
el tiempo, yo también lo respeto. Por eso, ya las discusiones son las mínimas. O mejor dicho, fueron mínimas hasta ayer, porque ayer fue un día muy difícil para los dos. Tan difícil que cosas como las que pasaron ayer son las únicas capaces de lograr que yo me vaya de esta fábrica.

Porque ayer se rompió el horno. Le empezaron a ocurrir un montón de cosas raras y no hacía arco. Eso fue lo que me dijeron. Porque yo estaba de vacaciones, disfrutando el día en la casa, con los nietos. Eran como las cuatro de la tarde y yo estaba haciendo preparativos para la noche, cuando sonó el teléfono.

—Viejo, se rompió el horno —dijo la voz de Sosa—
Hace falta que vengas.

—¿El ingeniero Losada no está ahí? —le pregunté yo.

—Está —dijo él.

—Bueno, entonces que le meta mano... Él sabe.

—Viejo... —dijo Sosa con otro tono de voz.

—Dime, dime...

—Yo preferiría que tú vinieras. Yo te mando a recoger...

Yo iba a insistir en lo del ingeniero, pero no dije nada. Aunque no comprendía por qué Losada no podía arreglar la rotura. Me puse a esperar la máquina de la fábrica.

Cuando llegué al taller, fui a cambiarme de ropa. A los pocos minutos, me dirigí al rincón del horno. Todavía estaba encendido pero los electrodos estaban arriba, y la tapa se había desplazado un poco a la derecha de la cazuela. Me detuve un momento para observar la pizarra. Saludé a Sosa y al ingeniero que se acercaban...

—¿Cuándo se rompió? —fue lo primero que pregunté.

—Hace cuestión de tres horas —dijo Sosa con el rostro un poco sombrío.

—No hace arco —dijo el ingeniero. —En mi opinión es un problema de la pizarra —dijo con seguridad.

Yo me le quedé mirando. Él se quedó medio cortado.

—¿En la pizarra? —dije. —No lo creo. Esa pizarra es muy segura. Sería la primera vez.

Ahora fue él quien me miró. Me señaló los electrodos.

—Mire —dijo— no bajan bien, no hacen el arco. Yo revisé el sistema de alimentación de la corriente y lo encontré okei.

—¿No será un problema mecánico? —dije, acercándome más al horno.

—No, viejo —dijo Sosa. —Lo acaba de revisar Rivera con una brigada de mecánicos y todo está normal.

La cosa es eléctrica.

—Okei, vamos a ver —dije.

Le grité al fundidor que estableciera el arco en la pizarra. Cuando hizo girar la palanca, observé las luces de los electrodos que se encendieron, primero normalmente, y que luego, casi de inmediato, comenzaron a palidecer. Una de ellas se apagó por completo. Me acerqué al horno por la parte posterior y escuché... El horno es una maraña de ruidos simultáneos. Para un oído poco entrenado, todos los ruidos se confunden, se entrelazan y dan la impresión de que son un solo ruido grande. Pero los años no pasan por gusto. Ni la experiencia por los oídos tampoco. Yo había ayudado a montar ese horno diez años atrás y le conocía hasta el ritmo de su respiración. Por eso podía diferenciar el ruidito de muelle partido de un electrodo resbalando, o de telégrafo descompuesto, que es el ruido habitual de la pizarra, o el más leve, pero seco sonido del sistema de alimentación de agua...

Por eso me incliné un poco más y me puse a escuchar. Me bastaron unos minutos. Volví a mirar la pizarra, toqué ligeramente los cables y entonces le dije a Sosa:

—Es el sistema de alimentación. Hay que desmontarlo. Debe tener un corte.

—¿Y cómo usted lo sabe? —dijo el ingeniero un poco molesto.

A mí no me gustó el tono de Losada. Así que lo miré serio y le dije:

—No importa cómo lo sé. Yo digo que es el sistema de alimentación.

—Y yo digo que es la pizarra —dijo el ingeniero dirigiéndose a Sosa. —Es evidente que un *relay* está malo —agregó.

Sosa se dirigió entonces a los dos.

—¿No pueden ponerse de acuerdo?

—Es el sistema de alimentación, Sosa. Si usted no me cree... —dije.

—No es que no lo crea, viejo —dijo Sosa. —Pero fíjese, el ingeniero dice que es la pizarra, y usted que es el sistema de alimentación..

—Si quieren desarmar el sistema de alimentación, háganlo —dijo Losada. —Ahora, como ingeniero, yo ni estoy de acuerdo, ni me hago responsable.

Yo no dije una palabra más. Yo sabía que Sosa estaba pasando un mal momento, pero no podía hacer nada. Vi que el ingeniero volvía a mirar en el plano y se acercaba a la pizarra, trazaba en el aire un imaginario circuito con el dedo y volvía a decir bajito: “Tiene que ser en la pizarra...”

Así que, finalmente saqué a Sosa de su cavilación y le dije:

—Bueno, Sosa, usted decide. ¿Se desarma el sistema de alimentación, o no se desarma?

Sosa todavía vaciló unos segundos más. Finalmente, miró al ingeniero con un gesto de resignación y dijo:

—Está bien, viejo. Desármelo.

Y salió caminando en dirección a la salida del taller.

—¿No se queda? —le pregunté.

—No —dijo. —Puede ser que venga después.

Vi que el ingeniero lo seguía.

—¡Losada! —le dije. —¿No quiere darme una mano?

Él se volvió con la cara muy seria. Hizo como si quisiera decirme una mala palabra, que eso se lo noté en el gesto. Pero no dijo nada, y salió detrás de Sosa.

Al poco rato apareció, sin camisa, con una caja de herramientas en las manos. Me dijo:

—¿Por dónde empezamos?

Eran más de las once de la noche. Llevábamos más de seis horas seguidas trabajando y la rotura no había aparecido. Revisábamos pieza por pieza, palanca por palanca, cable por cable. Losada consultó varias veces el esquema eléctrico. Se subió al horno todavía caliente y estuvo revisando las terminales de los electrodos. Pero no encontramos la rotura. Me senté unos minutos a descansar en el piso del taller, y Losada me imitó. El ingeniero no hablaba. Me pasé las manos por la frente y se me empaparon de sudor y polvo. Me levanté y volví a observar los cables tirados en el suelo, las herramientas llenas de grasa, la cara del ingeniero que seguía mis movimientos con un gesto inexpresivo.

—Losada —le dije— yo llevo cuarenta años de electri-

Eduardo Heras León
cista y le digo a usted que el problema de ese horno está en el sistema de alimentación...

—Puede ser, viejo —dijo Losada. —Pero el hecho es que no aparece. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Por qué no miramos la pizarra? Mire —y abrió nuevamente el plano grasiento ya por el uso— el circuito aquí...

—Losada —volvió a decirle. —¿Quiere hacerme un favor?

—¿Qué es?

—¿Me ayuda a revisar los cables otra vez?

—Pero viejo —dijo el ingeniero—, ¿no ve que es inútil, que lo hemos comprobado todo minuciosamente? ¿No ve que la rotura no está aquí? ¿No lo ve? —dijo un poco alterado.

—Losada —insistió yo. —Nunca le he pedido nada a usted, ¿verdad? Ésta será la primera cosa que yo le pida. Y será también la última. Si el defecto no está aquí, mañana pido mi retiro...

—Mire, viejo, la cosa no es para tanto. Cualquiera puede equivocarse —dijo el ingeniero.

—Losada —le dije yo muy serio. —¿Me va a ayudar? Dígame sí o no.

El ingeniero se quedó callado. Dobló cuidadosamente el plano y lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Se puso de pie y se dirigió nuevamente al horno.

Se inclinó sobre los cables y me dijo:

—Usted revise otra vez las anillas, viejo. Déjeme a mí los cables.

Yo comprendo que soy un tipo seco. Eso lo dicen todos aquí. Y yo creo que es verdad. Pero también tengo mis momentos, como todo el mundo, en que los ojos se me nublan y me entra la flojera por dentro. Lo que pasa es que eso no ocurre con frecuencia. Y yo sé ocultarlo. Y ayer fue un día

El viejo y el horno de esos. Ya he dicho que fue un día difícil. Tan difícil como encontrar la cabrona rotura que no aparecía por ninguna parte. Yo ya había terminado de revisar todo nuevamente y tuve que sentarme porque las piernas se me aflojaron.

Estaba ya por tomar mi decisión, la única que podía tomar, cuando desde la calle, detrás de las sombras de esa noche cerrada, allá por las casas que circundan la fábrica, se oyó una gran algarabía y empezaron a sonar los voladores y un montón de fuegos artificiales empezó a caer del cielo como una cascada de luces y de estrellas. Yo miré el reloj y me di cuenta. Se oyó la voz de Sosa que entraba en el taller con una botella. Y con él una turba de gente cantando, riendo...

—¡El año que se va, merece un trago! —gritó Sosa.

Yo no le respondí. Él se me acercó. Me pasó un brazo sobre los hombros, y dijo:

—Tómese un trago, viejo, que debe hacerle falta... Yo iba a decirle que no, que lo dejara, que no estaba para tragos, que era muy bueno que él estuviera aquí, con uno, en un día como éste, pero que ya no importaba nada más, que todo iba a terminar...

Entonces, el ingeniero Losada se levantó de los cables y vino hasta nosotros sin decir una palabra. Cogió la botella. Bebió. Luego me agarró una mano y la apretó largamente entre las suyas.

—En el tercer cable, viejo... Un corte en el terminal —dijo.

Y yo le vi los ojos al ingeniero. Y a Sosa. Y no hizo falta más. Con eso me bastó, me basta para seguir aquí, en mi fábrica. Hasta que me retiren. O hasta que muera...

Asamblea de efectos electrodomésticos

—Isi, en ésta a mí hay que darme algo. Pedí de todo, desde refrigerador hasta reloj despertador.

Pero Isidoro no me dijo nada y yo lo toqué con el codo como diciéndole: “¿Qué tú crees?” Y entonces él me dijo:

—Bueno, a lo mejor. Pero mira, que aquí hay gente que tiene una historia del carajo.

Eso yo lo sabía, pero yo también tengo mis méritos, y eso había que reconocérmelo, Isidoro. Así que de ésta yo salía con algo, porque oye, ni una ausencia injustificada, y mis horas voluntarias y el trabajo en Alamar y...

Urbano comenzó a hablar. Que la Comisión de los efectos había hecho un trabajo profundo, “eso yo lo sé”. Que ustedes son los que deciden en última instancia, “para eso somos los obreros de esta fábrica”.

Que son pocos los efectos, “por desgracia”. Y muchos los trabajadores que se lo merecen, “bueno por un lado, por el otro más desgracia todavía”. Pero que aquí los méritos son lo más importante, ¡los méritos!, volvió a decir, “en eso estamos de acuerdo, así que dale, viejo, acaba de soltar el gallo...”

La gente estaba nerviosa y yo no sé por qué. Yo estaba tranquilo, porque si de méritos se trataba, a mí había

que darme algo. De eso no había dudas. Urbano seguía hablando... “Vamos a adoptar el método de ir mencionando los que se ganen un efecto y votamos si estamos de acuerdo, por ejemplo, decimos los que se ganaron los cinco refrigeradores y votamos, después los televisores, y así... ¿están de acuerdo, compañeros?” Claro que estábamos de acuerdo, Urbano, vamos, no alargues más la cosa. Pero no, el muy jodedor se reía y seguía hablando. Volvió a decir que se analizaron todas las planillas, pero que las máquinas de coser eran sólo dos y se había decidido darlas a las compañeras, por estimar la Comisión que eran las que más las necesitaban, que si estábamos de acuerdo... Y yo levanté la mano, aunque me quedé pensando que primero hablaba de méritos, ahora mencionaba la necesidad... pero bueno, eran las compañeras y es verdad que las máquinas de coser... en definitiva, yo también había pedido una máquina para la vieja o para mi mujer, pero no tenía tanto interés, así que... y Urbano sigue hablando! ¡Cómo habla este hombre, coño! Pero no... ya iba a empezar, y yo... yo tranquilo, que a mí había que darme algo en ésta...

Urbano cogió la lista. Se puso los espejuelos y leyó:

—¡Los cinco refrigeradores, la Comisión estimó que los recibieran: Mario Domínguez, Roberto Barroso, el viejo; Ceferino Sotolongo, Manuel Pons y Noel Spingler!

“¡La catástrofe!”, pensé. No dijeron mi nombre... A ver, el viejito Mario, ése tiene como cien años y todavía está poniendo refractarios, y el otro viejo, Barroso, ése está permanente en Alamar, que yo no sé cómo ese viejo puede, y ¿Ceferino? Mil años en Moldeo, que hasta se ha puesto viejo moldeando, y es una fiera, no, ése se lo merece... y Pons, bueno, Pons está con Andión en Alamar desde que aquello era una bola de marabú,

y Noel, ¡qué va, de madre!, jefe del taller de Fundición y empezó aquí de auxiliar hace más de diez años... No, en ésta estoy jodido... Bueno, dale, Urbano, ¡sigue...! Sí, sí, está bien, no hay nadie que se abstenga, viejo... ¡Coño, unánime!

Me viré para Isidoro y le dije:

—No hay tema, Isi. Vamos a ver en los televisores. Isidoro me miró con el rabillo del ojo y empezó a reírse bajito como él acostumbra.

La gente aplaudió, y los que se ganaron los refrigeradores volvieron a sus asientos. Ahora Urbano dijo: “En los televisores estamos mejor. Tenemos doce televisores que han sido asignados a...” Yo me apreté un poco en el asiento, pero no estaba nervioso, eso no, porque yo sabía que a mí había que darme algo... “Primero, vamos a entregar los de reposición”, dijo Urbano riéndose, después de callar un momento... ¡qué jodedor! Pero yo no le puse atención. Yo no tengo el televisor roto. Ni sano. Porque no tengo televisor. Miré para la gente. Lleno completo en el teatro. Hasta gente de pie. Todo el mundo atento... Urbano empezó a decir nombres, pero yo ni los oía... Creo que mencionaron a Lazo, al viejo Venereo... En fin, de pronto dijo: “Los doce televisores correspondieron a...” Lo dijo un poco rápido, pero se oyeron bien los nombres: “Tápanes, Domenech, Veita, Onel, Ariosa, Raidel, Marta Salgado, el chino Gan, Alfonsito, Armenteros, Andrés el gallego y...” Yo pensé: “Ahí vengo yo... ahí viene...” “¡Jesús García!”

¡De madre! ¡Me golpearon de nuevo! Pero, deja ver... Tápanes, mil años de fundidor... Domenech, Veita, ¡horror! Onel, Ariosa, Raidel, no, imagínate de los más duros... Marta, un carajal de años en el Laboratorio... el chino Gan, Alfonsito, ¡de padre...! Armenteros, Andrés el gallego, Jesús García...

¡Coño, pero esta gente pidió también televisores! ¡Así no se puede batir uno!

—¡Los que estén de acuerdo! —dijo Urbano, y la gente comenzó a aplaudir. —¡Los que no estén de acuerdo! “No jodas, Urbano, ¿quién no va estar de acuerdo?”... ¡Los que se abstengan! —siguió diciendo en un tono que parecía un cántico.

Ahora fue Isidoro el que se me quedó mirando. Yo no lo miré. Estaba como si me hubieran echado un cubo de agua encima. Me tocó por el codo. “¿Qué?”, dijo. Le puse cara de lástima. Cerré la boca, abrí los ojos, y la frente se me arrugó, como diciendo: “¡De madre, viejo!”

A la verdad que me entró un frío adentro del pecho que se me fue corriendo poco a poco por todo el cuerpo. Claro, que yo todavía tenía mi esperanza, pero yo creo que estaba del tamaño de un hilito. Además, cosa rara, se me estaban quitando las ganas de estar en la asamblea, y sin embargo, ahora estaban dando los radios portátiles, y aunque no oía muy bien, como quien no quiere la cosa, yo estaba tratando de identificar un nombre que yo conocía muy bien, como que era mi nombre... Pero, ¡nada! Orestes, Santana, Jacinto Morales, Rojas, Hiram, Claudio, Danilo, Armando Ávila... y siguió la lista... y ¡nada! “¡Coño, se perdió mi planilla, tiene que ser!” Y aplausos van y aplausos vienen, “los que estén de acuerdo, los que se abstengan...” Urbano hablando y dando efectos, montones de radios, relojes de hombres, máquinas de coser, ¡hasta un pim-pam-pum! “Nada, se perdió mi planilla, ¡no me consideraron!””, le dije a Isidoro, que se había ganado su radio y que se reía, contento, y me miraba como diciéndome: “No te ocupes, viejo, para la próxima tú agarras”, y todo el mundo ya estaba hablando y la gente iba y venía buscando su vale que Urbano

le entregaba, y más aplausos y felicitaciones y todo el mundo contento y yo...

Entonces fue que me pareció que me llamaban. Me pareció, pero no me atreví a levantarme. Pero volvieron a decir mi nombre e Isidoro me dio un manotazo en el hombro: “¡Eres tú, viejo! ¡Te están llamando!” Yo no quería creerlo, pero Urbano me estaba señalando con el dedo y repitió mi nombre... Y yo me levanté todavía un poco inseguro y la gente se reía y me decían: “¡Vaya, agarraste!”, y el frío se me fue quitando mientras caminaba hacia el escenario y ahora las orejas se me empezaron a poner calientes y las manos me temblaban y me empecé a reír cuando Urbano me entregó mi vale y me dio la mano y yo le dije bajito: “Bueno, algo es algo, ¿no?”, y él me dijo: “Claro...”

Y es cierto que no era lo que yo quería, pero pensé: “En la próxima agarro algo mejor”. Y entonces, llegué hasta donde estaba Isidoro y le enseñé el vale de mi reloj despertador. Y le dije:

—Tú ves, Isi, ¡yo te dije que a mí había que darme algo...!

1974

Rosendo el cojo

A Luis Rogelio Noguerras

Esta fábrica es un dolor. Desde que llegué aquí lo estoy diciendo y la gente siempre se está riendo de mí. Pero yo lo digo. Aquí hay que andar claro y dejarse de estar en ninguna onda extraña, porque el día que menos tú piensas, el día que estás más tranquilito, cargan contigo.

Por eso yo, que ya tengo mi experiencia, se lo digo a los nuevos: “¡Pinchar, caballeros, que esta fábrica es un dolor y el revolucionario está aquí que jode!”

Mira el caso de Rosendo el cojo, echando ahora diez abriles en el Principal por querer volar el horno. ¡Que hay que estar loco para querer volar el horno de la fábrica! Ahora, que Rosendo el cojo no tenía nada de loco, eso es verdad. Era más cabrón que loco. ¡Y por poco me quiere enmarañar a mí en esa onda extraña! Porque ahora todo el mundo me dice:

—Oye, caballo, pero ¿tú no eras socio fuerte del cojo?

—Y yo respondo:

—Miren, coño, no se me encarnen, que en ésa no iba yo.

Y es que todavía aquí se comenta lo de Rosendo. Porque mira que Rosendo el cojo era comemierda, como si aquí se pudiera hacer algo por la libre. Y yo no sé, porque para mí que

Rosendo era un tipo inteligente, y sabía bien que en esta fábrica las cosas, o se hacen bien, o no se hacen. Y eso, no que lo diga yo, porque para ser sincero, Rosendo me enseñó mil cosas desde que yo empecé aquí hace como nueve meses...

—Lo primero que hay que hacer allí es llegar como un trabajador cualquiera, como uno más. Al principio cumplir, trabajar bien, dentro de lo normal.

Después, poco a poco irte caracterizando con el ambiente, con el elemento. Pero eso, irlo introduciendo lentamente, sin apurarte. ¿Entiendes? —dijo el hombre.

—Entiendo, es lo lógico —dijo el otro.

Cuando yo llegué con la boleta del Ministerio, el jabao ése de Fuerza de Trabajo me mandó para Limpieza y me caló de arriba abajo como si yo fuera un delincuente. Me dijo:

—Mira, social, aquí lo que no se puede es faltar un día, porque vas para el Consejo, ¿está claro?

Yo le iba a decir que si él me veía a mí cara de vago, pero me aconsejé, porque se ve que el jabao es un maldito y le sabe un mundo a la cosa. Así que le dije:

—*Okei*, yo voy a donde usted diga, mayor.

Y vine para aquí, al departamento de Limpieza. En este taller la pincha es dura. O te dan un chipijama para quitarle la arena a las piezas, que es del carajo, porque el martillito ése no es tan pesado como el de romper piedras, pero se te resbala a cada momento y te tienes que cuidar, porque te jode un pie si estás comiendo mierda; o te tiran para la piedra colgante que, oiga, es de mandarria. Porque cuando terminas de rebajar una pieza, parece que te han molido a martillazos los hombros y los brazos se te quedan que son un puro temblor. Claro, que a lo mejor estás de suerte y te dejan de ayudante en el rotoblast,

o si sabes algo de soldadura te ponen a rebabear, que ya eso es más cómodo. De todas formas, la pega aquí es de madre.

Así que yo llegué y me mandaron a ver al gordo Rubén, uno que dicen estuvo en presidio echando un bolón de años, pero que se ha rehabilitado. ¡Y de qué manera! El gordo ése no para. Y lo peor es que no te da un diez ni a jodía. Porque si te ve sentado, te dice que si estás comiendo majá, que te va a echar cola a ver si pegas más, y siempre está pillando lo que haces. Nada, que ese gordo tiene un presidio de maldad. Así que llegué donde estaba el gordo y le dije:

—Oiga, mayor, que me mandaron a pinchar aquí.

El gordo ni me miró. Se viró para el taller. Echó a caminar. Agarró un martillito de esos y me dice:

—Está bien, ven acá y agarra el chipijama éste.

Puso a funcionar el aparato y estuvo enseñándome ahí un rato hasta que más o menos le cogí la vuelta.

Ese primer día fue un embarque. A las once, cuando bajamos a almorzar, ya yo tenía ganas de vender. Total, no iba a esperar el mes de prueba, porque si no podía aguantar ni un día... Claro, que ya ésta era la tercera ubicación y en el MINTRAB me iban a decir que tenía que agarrar ahí, porque lo otro que había era de sepulturero o el verde. Y entonces me aconsejé y me dije: “Mira, caballo, mejor aguantas aquí un poco, a ver lo que da esto”.

En eso no tenía jarro para la leche del almuerzo y pensé: “Ya me jodí”. Porque, vaya, tener que estar pidiéndole a gente que uno no conoce, es jodío. Así que me puse a almorzar, buena jama, porque aquí se come bastante bien, y ya cuando me voy a levantar, un gallo que está en la misma mesa, me dice:

—Vaya, asere, coge el jarro y después me lo traes.

Yo la verdad que ni lo vi bien. Me tomé mi leche, le enjuagué su jarro y se lo traje. Entonces el gallo me dice:

—Tú eres nuevo aquí, ¿no?

Le digo:

—Ajá.

Y no hablé más con él.

Volví para mi chipijama hasta las tres, que sonó el pitazo y vendí. Ese día ni me bañé allí, porque no tenía más ropa que la que traía puesta y, además, no había taquillas vacías, aunque el gallo del jarro me dijo que podía guardar la ropa en su taquilla hasta que resolviera una.

—El hombre, dentro de lo que cabe, es inteligente. Sobre todo, cree que es un duro. Pero no te equivoques. Él está buscando gente. Pero te va a observar un tiempo. Te va a sacar conversación. Te va a estudiar. Déjalo llegar. No lo rechaces, pero que tampoco note que tú te interesas por él. Éste es el momento más difícil. ¿Está claro? dijo el hombre.

—Claro —dijo el otro.

Así empecé yo en la fábrica. La pincha era dura y la primera semana estuve de suerte porque me tocó de siete a tres. La segunda semana ya no estuve tan bien, porque agarré el turno de tres a once, que es un turno de puya. Yo al principio no hablé con nadie, nada más en lo mío, en mi pincha. O mejor dicho, sí hablé con alguien, con el gallo del jarro, que me lo volvió a prestar varios días hasta que yo pude conseguir una latica de leche vacía. También empecé a guardar la ropa en su taquilla. El gallo se llamaba Rosendo y estaba medio cojo de la pata izquierda. Era un hablador del carajo. Se pasaba el día haciendo cuentos de la calle, de las jevas que se echaba,

porque el tipo se creía lindo. Eso sí, pinchaba duro, que eso lo puede decir cualquiera aquí.

—Bien —dijo el hombre. —Ahora el problema está en darle confianza. Desechar cualquier duda que pueda surgirle o que le quede. Hay que inventar algo. ¿No se te ocurre nada? Piensa.

—Sí —dijo el otro. —Creo que tengo algo que puede servir.

Yo decía que Rosendo el cojo me había enseñado mil cosas. Y ésa es la pura verdad. Por lo menos, yo le agradezco que como al mes de estar yo aquí, me salvara de un embarque. Nada, que ese día yo estaba medio quemado o qué sé yo lo que tenía en la cabeza. Porque ese día, después de la merienda de la una y media, yo subo rápido al taller y allí arriba no hay nadie, o por lo menos, yo no veo a nadie. Entonces me fijo en un delantal y unas polainas de piel nuevecitas que estaban encima del rotoblast y me digo: “¡Coño, por lo menos diez o veinte cañas le saco yo a esto!” Me llevo al rotoblast, agarro el delantal y las polainas, los envuelvo en un periódico, y medio que lo escondo todo detrás de unas cuchillas grandes que estaban terminadas. “Nada”, pensé, “cuando llegue el cojo le pido la llave de la taquilla, lo escondo allí y después, piro con ellas.”

Pero en eso oigo una voz que me dice bajito:

—Asere, tú estás loco, hermano. Saca eso de ahí, que te van a partir. ¿Tú no sabes que aquí registran a la salida?

Me viro y es Rosendo el cojo el que me está hablando.

Yo le trato de disimular, pero el cojo me dice:

—Mire, caballo, conmigo no tiene que disimular nada. Deje eso, que es una minucia y se va a embarcar por una mierda. Deje eso ahí, que después vamos a hablar usted y yo, y le

El viejo y el horno
voy a enseñar unas cuantas volá de la fábrica, para que no sea
gil y sepa legislar.

A partir de ahí me hice socio de Rosendo. Y verdad que el cojo era un cabrón. Ayudaba al gordo Rubén a llevar la asistencia del personal del taller y con eso se ganaba su confianza y lo dejaba repartir los tickets de la merienda. Por eso Rosendo siempre tenía tickets de más para repetir en la cafetería. Y me llevaba en ésa y en cualquier otra que se le ocurriera.

La verdad es que almorzábamos y comíamos en la fábrica y nunca pagamos ni un diez. Él siempre inventaba alguna cosa nueva, porque, además, no sé cómo, pero se había hecho activista del grupo sindical.

—Eso fue bueno, muy bueno —dijo el hombre sonriendo. —Ahora el camino está más claro. En los próximos días él se va a lanzar a fondo. Déjalo entrar.

Y recuerda: tú no sugieras nada, que ése no es tu trabajo. Lo demás lo dejo a tu juicio. ¿Alguna duda?

—Ninguna —dijo el otro.

Ya por esa época, Rosendo el cojo y yo éramos inseparables. Un día, como quien no quiere la cosa, me dice:

—Oye, caballo, esto está de madre, ¿eh?

Le digo:

—¿Qué cosa?

Me dice:

—Esto, coño, el país, qué va a ser. Le digo:

—Bueno, qué le vamos a hacer. Y me dice:

—Se puede mejorar.

Me le quedo mirando y le digo:

—¿Cómo?

Se me queda mirando y me dice:

—Ah, de muchas formas.

Pero no me sigue hablando, y ese día no me dice nada más. Sólo me miraba cuando se quitaba la careta de soldar. Me miraba, se quedaba como si estuviera pensando en algo, y luego seguía trabajando.

Yo no pensé mucho en lo que me dijo Rosendo ese día. Seguí trabajando normal. Bajaba, como siempre, a almorzar con él. Él jaraneaba conmigo y yo jaraneaba con él. Nada más.

Pero otro día viene, como quien sí quiere la cosa. Y me dice:

—Oye, caballo, te invito a tomarte dos frías conmigo el sábado.

Yo le digo:

—*Okei*, hermano.

Y ese sábado fuimos a su casa. Y estuvimos tomando cerveza como hasta las ocho. Era buen hablador Rosendo el cojo, vaya, tenía su labia. Y allí, en su casa me vuelve a decir lo mismo del otro día:

—Sí, caballo, esto está jodío, muy jodío.

—Yo no le dije nada. O sí, le dije:

—Bueno, pero hay que vivir como sea, en lo que se pueda hacer, inventando.

Entonces, mientras terminaba con la cerveza que tenía en el vaso y agarra una croqueta, se me queda mirando y me dice de pronto:

—Oye, ven acá, chico, ¿tú con quién estás aquí?

Yo lo miro un poco asombrado y le digo:

—¿Cómo que con quién estoy?

—Sí, caballo —me dice. —¿Tú crees que esto se puede seguir aguantando?

—Bueno, yo creo que esto va a cambiar, ¿no? Además, mira, Rosendo, yo estoy conmigo, ¿tú me entiendes? Conmigo.

Se echa a reír y me dice:

—Nada, que yo sabía que no estaba equivocado, tú eres un duro.

—Yo no soy un duro, Rosendo, yo en lo mío nada más.

Y entonces se pone a hablar de política, que si esto, que si lo otro, que esto estaba de mandarría, que se ganaba una mierda, que no había nada, en fin, un montón de cosas. Y yo le digo:

—Ven acá, Rosendo, todo eso que tú dices está bien.

Pero, ¿y qué?

Me responde:

—¿Cómo que qué? Mira, caballo, esto hay que descojonarlo.

Ahora soy yo el que se echa a reír, y le digo:

—No jodas, cojo, que tumbar esto es de yuca y ñame.

Me dice:

—Mira, tumbarlo enseguida no; pero se puede ir jodiendo poco a poco, descojonando por aquí, descojonando por allá, y después... —juntó las dos manos y de golpe las separó. —¡Boom!, ¡abajo! ¿Me oyes? A-ba-jo.

Yo abro un poco los ojos y le digo:

—Entonces, tú ya estás en eso, ¿o no?

El cojo me suelta una mirada de arriba abajo que da miedo y me dice:

—Sí, yo sí estoy —sin dejar de mirarme— y tú ¿qué? ¿Vas en ésa o no vas?

Le digo:

—Mira, Rosendo, yo no digo, yo hago, ¿tú entiendes? Hago cuando hay que hacer. Lo demás es darse cebollazos en la vesícula, y lo mío es boca cerrada y mano abierta. Así que ¿cuál es la onda? Si la onda es seria y hay patriotas por el medio, mejor.

El cojo se echó a reír y a reír. Después, se puso serio, y me dijo bajito:

—Mira, mariscal, aquí lo que hay que ser es un estilete. Paso en falso y te rompe el Departamento, ¿oíste? Toma, coge esta astilla, que ya yo te diré lo que vamos a hacer.

Cojo la astilla y veo que es uno solo, pero de a veinte, y me echo a reír. Y digo:

—Tú ves, así la cosa cambia.

Terminamos la fría y me fui medio en nota.

—Todo va bien —dijo el hombre. —Ahora, lo que falta es esperar. Nada de apurarlo. ¿Correcto?

—Correcto —dijo el otro.

En los días siguientes casi no hablamos. El cojo me había dicho que en el taller había que disimular, porque aquello estaba lleno de revolucionarios. Y no sólo la gente del Partido y de la Juventud, que uno los conocía bien, como Urbano, Santiler, Alfonsito, Andrés el gallego, sino de muchos otros que uno ni sabía quiénes eran y que a veces te miraban y te echaban una sonrisita como si estuvieran al tanto de algo.

Ya para esa época nos veíamos también en mi casa. A mi vieja no le gustaba mucho Rosendo. “Tiene cara de delincuente, de ñañigo”, decía la pura. Yo la tranquilizaba diciéndole que era mi socio y buena gente.

A medida que pasaban los días, Rosendo me fue contando todos los detalles. Así que una noche que salimos con dos

chiquitas de La Habana del Este, esperando la guagua en una parada medio oscura, los dos solos, me sorprende diciendo:

—La cosa es que yo he estado estudiando cuál es la parte más importante...

—¿Y es...?

—El horno. Sin horno no hay fundición, no hay acero. Porque fíjate, tú puedes meterle un hierro o una linterna al transformador de la corriente, al grande, y la fábrica se para porque no hay luz. Pero nada, en un día te lo arreglan y aquí no ha pasado nada. ¿Me copias? El horno es otra cosa. Ponle que lo vueles, o lo inutilices, vaya, le vueles la pizarra y todos los cables, y que el mecanismo que hace girar la tapa se lo jodas. Óigame, mariscal, yo creo que hay que comprarle otro horno a los *sovies*. Y nada, que se jodió la fábrica, por lo menos seis meses...

—¿Y eso quién lo va a hacer, cojo, tú y yo nada más? Y a ver, ¿con qué se va a volar el horno? ¿Tú crees que eso es fácil? —le dije medio chivateado.

—Mira, hermano. Usted y yo perfectamente lo podemos hacer. Claro que en el turno hay otra gente que también está en la onda.

Yo no le pregunté quién era, y él se me quedó mirando a ver si yo quería saberlo.

—Está bien, pero ese socio que tú dices, el que sea, ¿qué es lo que va a hacer?

—Mira, el día que se vaya a dar la cosa, ese día, los tres, usted, yo y él, y a lo mejor algún otro, que eso no se sabe, vamos a estar en el mismo turno, en el de la noche. Y yo le digo que la cosa va a salir más fácil de lo que usted piensa.

—No jodas, Rosendo, ¿cómo fácil? —le dije molesto.

En primer lugar, ¿cómo coño vas a volarlo? ¿Con qué, vaya?

En segundo, después de la voladura, de la jodedera que se forme, ¿dónde coño nos metemos? Porque enseguida va a venir la Seguridad y va a cargar con todo el mundo...

El cojo se echó a reír. Parecía estar seguro de todo y me miraba, me veía la cara seria y seguía riéndose...

—Se ve, asere, que usted es novato en todo esto. Mire, atienda y copie. El día de la cosa, lo único que usted tiene que hacer es estar cerca del fundidor, más o menos una hora antes de que acabe el turno. Por la zona de moldeo va a haber un incendio, sí, no se asombre, un conato de incendio por la desmoldeadora. Usted se va a llevar al fundidor para allí a ver la cosa, la onda, el corre corre, bueno, usted sabe la que se forma cuando hay una cosa así. Entonces, en lo que el palo va y viene, se le pone la cosita ésa allí, cerquita de la pizarra, y ¡fuácata!, al poquito rato, horno abajo...

—¿Qué cosita? —le dije todavía serio. —No me digas que dinamita, que eso sería del carajo.

—No, hombre, dinamita no —dijo el cojo. —Plástico, ¿me oíste?, plástico, del tamaño de una cajita de fósforos o más chiquito todavía...

—¿Plástico?! ¿y de dónde coño tú vas a sacar plástico, cojo? Por mi vieja que vaya pensar que tú eres un mago...

—Hermano —dijo el cojo poniéndome una mano en el hombro—, yo voy a pensar que tú eres narra a toda esta onda. Ése me lo dan, caballo, ése me lo dan. Y no me vengas con que tú no sabes quién da eso, que tú sabes que eso lo dan los duros, los que más le saben a la mierda ésta...

—Pero, oye, cojo, verdad que tú tienes timbales. Mira que andar desde ahora con eso arriba. ¿Y si te pasa algo antes?

—No jodas, mariscal, que esa gente no son comierdas.

Eso no me lo dan hasta el día de la cosa... Yo estuve callado un rato. La cosa parecía fácil. Así que yo lo único que tenía que hacer era llevarme al fundidor para la desmoldeadora a ver lo del incendio. Y ya. Y eso, en realidad, no iba a ser difícil, porque el fundidor del turno parecía medio guanajote, o bueno, a lo mejor medio gusanote, porque aquel gordo siempre estaba hablando mierda de la Revolución. Así que... bueno, el cojo me tocaba cada vez que hablábamos, y ya me había dado un carajal de billetes. No había tema, había que echar palante. Entonces, *olrai*, decidido el caso. Lo único que le pregunté fue:

—Bueno, Rosendo, ¿y cuando lleguen los segurolas, qué?

—Cuando lleguen los segurolas, nada —dijo el cojo.

—Si a usted le preguntan dónde estaba, usted les dice que viendo lo del conato de incendio, que usted no vio nada y no dice más. Y a usted lo va a estar viendo todo el mundo. Si le preguntan por mí, usted dice que me vio cerquita de usted por la desmoldeadora, y de ahí no sale, que en definitiva no hay quien le pruebe ni timbales, ¿me entiende?

—Bueno, si es así, *okei*, cojo, no hay más que hablar —le dije.

—Así que la cosa es inminente —dijo el hombre. —Y va a recibir el regalo el mismo día.

—Pero faltan los demás —dijo el otro.

—No importa —dijo el hombre. —Eso no va a ser difícil. Ahora sólo falta el día. El día..

—Sí —dijo el otro.

Pasó como una semana más. El cojo me había dicho que anduviera tranquilo, que no llamara la atención, que pegara duro y bien y que me acercara bastante al fundidor, que le bajara su cigarrito a cada rato y que le dijera que él era el más bárbaro en la colada, que el gordo aquel era medio vanidoso, y que eso le gustaba. Yo hice lo que el cojo me dijo. Y a la verdad que en dos o tres días el gordo del horno me cogió amistad y hasta me dejaba ver la colada con los espejuelitos morados de su casco.

En esos días hasta hicimos trabajo voluntario. El gordo Rubén habló con la gente para sacar una producción medio atrasada de piezas para los centrales y, salvo dos o tres, todo el mundo dijo que sí, empezando por Rosendo y por mí. Al cojo hasta se le fue la mano, porque dijo dos o tres mierdas sobre la zafra y el socialismo y que había que ayudar.

Ya yo estaba medio impaciente, porque hacía como dos o tres días que el cojo no me decía nada, ni nos citábamos para mi casa o para algún lado. Así que ese sábado que terminamos a las once, almorzamos y salimos, sin darnos cuenta, uno al lado del otro. Cuando pasamos la puerta y cruzamos la calle para coger la 95, el cojo se pone a cantar: “Eliige túu, que cantooo yoo”. Se ríe, y le digo bajito:

—Ya yo elegí, caballo. ¿Qué tú cantas?

Me dice:

—Yo canto un número, a ver si adivinas. Dice el verso: “animal de cuatro patas, que relincha y cocea, del 1 al 5...”

Yo me le quedo mirando, medio incrédulo todavía, y le digo bajito, la voz ni se me oye:

—Entonces, ¿el uno?

—Equelecuá —dijo el cojo. —¿Nos sonamos una fría en casa?

—Así que el día primero —dijo el hombre. —Bien, entonces todo está completo.

—Así parece —dijo el otro.

El día primero fue un día de madre para Limpieza. Estaba aquello que parecía un timbiriche de mierda, un rastro de piezas, los chipijamas a millón, el rotoblast no paró en todo el día, y las piedras colgantes sacando chispas que se le metían en los ojos a cualquiera. El rebabeo estaba de mandarria. Había un bolón de toneladas que había que sacar para el patio y el horno de tratamiento térmico echaba más humo que nunca y se le metía a uno hasta en los hoyitos de los pulmones. La garganta la teníamos reseca y había que llegarse a cada rato a coger un buche de agua fría para refrescarse.

Ya cerca de las diez de la noche, yo estaba que no podía más. Del cansancio y de los nervios, que no sabía cuál era peor. Suelto el chipijama y me digo: “A la verdad que voy a coger un diez”. Miro para todo el taller y veo a la gente pegando no muy duro, como si estuvieran dormidos, aunque el ruido estaba igualito que siempre, de puya. Pillo para el horno y veo al gordo echándole un poco de magnesita a la colada y cerrando la puertecita con un gesto brusco. Y me le voy acercando. El gordo me ve y se sonríe un poco bajo el casco que casi se le mete en los ojos. Se limpia el sudor con el dorso de la mano y dice:

—Un calor que jode.

—Yo no aguantaría, caballo —le digo yo. —La verdad es que ser fundidor tiene un mérito del carajo... —Bueno, también se gana bastante.

—Si doscientos siete es bastante... —le digo medio irónico. —Yo ni por trescientos hago eso...

—Si voy a serte sincero, se paga bastante mal, que antes yo le ganaba a esto catorce diarios, y en un hornito de hierro.

—Por eso te digo...

Me iba a responder algo. Se lo noté en la cara porque me miró con los ojos medio viraos; pero entonces se oyó un grito de madre que venía del fondo de la nave de moldeo, un grito largo de ¡fueeeegooo! que nos dejó medio paralizados a los dos.

—¡Eso es por la desmoldeadora! —le digo. —¡Coño, pero cómo fuego, otro accidente! ¡Vamos a ver!

Y le pongo la mano en el hombro. Él ni me mira y arranca a correr conmigo, junto con toda la gente de Limpieza y de Moldeo, mientras alguien grita: “¡El extinguidor, el extinguidor!”, y todos se preguntan qué pasó, “¡el pito, coño, sueñen el pito!” y nosotros nos subimos encima de unas cajas guiándonos por los gritos, “¡llamen al electricista, coño!”, grita uno, y otro dice: “¡todos estos cables están echando candela!, ¡llévense este tanque de petróleo!” y suena el pitazo largo, una y otra y otra vez y ya alguien viene corriendo con un extinguidor de espuma y Quintanita el eléctrico se lo arrebató y grita: “¡Ése no, coño!, ¡gordo!”, le dice al fundidor, “¡trae el ce-o-dos, pero corre!” Y él vacila un momento y yo vuelvo la cabeza y veo que me está mirando; pero él se desprende a correr mientras Quintanita, con un saco, está golpeando las llamas y unos grandes pedazos de estopa vuelan en todas direcciones, llenándolo todo de un humo negrísimo, y el gordo llega con el extinguidor y suelta un chorro potente que nos salpica las manos, que da directamente sobre las llamas que empiezan a

desaparecer... Y yo estoy esperando, yo estoy esperando, casi sin moverme, pero no pasa nada. Y ahora es el eléctrico quien va moviendo diestramente el chorro sobre cada rincón, y ya la gente comienza a retirarse, comentando en alta voz, y alguien llega preguntando si hay heridos y otro le responde que no, que fue más el escándalo que el fuego...

Y no ha pasado nada. Y por allá se oye la voz de Urbano buscando al jabao de la desmoldeadora, pero nadie le responde. Y el fundidor ya ha llegado hasta mí, corriendo, nervioso. Se lo noto porque respira muy agitado. Y yo me le quedo mirando, y le digo:

—¿Qué, estás nervioso? Y me dice:

—¿Yo? No, no, fue la carrerita que di con el extinguidor. Además, las llamas, yo creí que todo iba a coger fuego...

Y mientras habla, veo que mira por todo el taller. Y como estoy cerca de él, le toco una mano y la tiene sudada, fría, casi helada. Y le digo:

—Cálmate, compadre, que eso ya pasó...

Entonces me clava la vista esa medio virá y me dice bajito:

—Oye, ¿y dónde está Rosendo el cojo?

Yo sigo caminando hacia Limpieza, hacia mi pega, que ya es hora de pinchar de nuevo, porque aquí la onda es de pincha, pero me paro un momento.

Me le viro y le digo:

—Chico, no sé. Hace como dos horas que no lo veo. Qué, ¿te debe algo?

—No, no —dice él. —Por mí... ¡que se vaya al carajo!

Y sigue caminando hacia el horno.

—Por mí también —digo yo.

Urbano en la muerte

A Felicia Cortiñas, su cuento

Ayer fue que recibimos la bandera. Era día de fiesta y todo el mundo aplaudió cuando Lazo, el del Sindicato, la enseñó en la asamblea general. Yo también aplaudí, pero no como siempre. Miré para el viejo Tápanes y me pareció que le pasaba lo mismo. Domenech tenía la cabeza baja, como si estuviera pensando en otra cosa. Creo que Varela estaba mirando para la esquina donde él se sentaba. También creo que de pronto todo el mundo estaba pensando en él, porque había un gran silencio y nadie se miraba y no hizo falta que Lazo lo dijera, aunque ahora estaba diciendo “porque hay muertos que no se pueden olvidar”, claro cómo se pueden olvidar, “y sobre todo los que mueren defendiendo lo que estamos haciendo”, cuando parece que ayer estaba ahí, sonriéndole a todo el mundo y hasta creo, “como murió el compañero Urbano”, que sigue ahí mirándonos a todos, “esta bandera es el mejor premio”, con esos ojos honrados y nobles “que podemos ofrecerle los trabajadores” que lo miraban a uno siempre a lo profundo “de nuestra fábrica” para descubrirnos lo mejor “a los hombres como él” de nosotros.

Claro que faltaba Urbano. Falta Urbano aquí y a uno le cuesta trabajo pensar que ya no lo está viendo.

Y es porque sentimos como un vacío dentro de nosotros que no se puede llenar de pronto, porque hasta los que llevan poco tiempo aquí y cómo lo recuerdan, cómo se recuerda a los hombres que uno se imagina más como ejemplos que como hombres...

Ya sé que quedarán las fotos. El tiempo va a pasar y cuando uno se olvide o todos nos vayamos olvidando, las fotos nos lo irán devolviendo. Lo veremos otra vez, pero ya no será el mismo. Estará inmóvil, detenido en un gesto, en un momento perdido en las cifras de una fecha, y uno prefiere recordarlo no así, no como quedó en el papel, sino como era de verdad, moviéndose, fumando, gritando una mala palabra. Porque uno piensa que una fábrica son unas cuantas máquinas y un grupo de gente que trabaja con ellas, y eso es así, al principio.

Y no se da uno cuenta de que una fábrica es otra cosa, hasta que no está dentro de ella. Pero no sólo estar dentro, trabajar ocho horas, entrar y salir, sino estar dentro de otra forma. Eso viene después. Eso empieza muy lentamente, porque al principio lo único que parece importarle a la gente es producir, hacer sólo lo que le corresponde a cada uno. Claro que cada hombre es un mundo de problemas, y aunque no se quiera, aunque los primeros días las máquinas te deslumbren y los ruidos te sorprendan, alguien, uno de los tantos hombres que se mueven a tu alrededor, que no te conoce, que nunca te ha visto, te habla, te pregunta, va junto contigo a almorzar, te pide un cigarro, sorpresivamente te cuenta sus preocupaciones, y de golpe, sin esperártelo acaso, te encuentras de lleno en

Eduardo Heras León
el mundo de los trabajadores. Cuando pasa el tiempo, un día cualquiera, al volver a la casa, comienzas a pensar en la gente. Primero, en lo duro que es el trabajo, y en cómo has aprendido a acostumbrarte, y después te ríes por la broma que le hicieron a ése que llaman el Poni cuando lo sorprendieron durmiendo en el turno de la madrugada, o te preocupas porque el jefe de turno te llamó la atención por un molde mal hecho. Se empieza por ahí. Luego descubres algo más. Te das cuenta de que el jefe de turno no es un cabrón como parecía al principio porque se te acerca un momento cuando no te sientes bien, o te ve triste, o a lo mejor cansado y te da un cigarro sin decirte nada, porque aquí se usan poco las palabras.

Te das cuenta de que esos hombres que te eran extraños, ya no lo son, de que están más cerca de ti, y comienzas a quererlos a tu manera. Y recuerdas con cariño los ruidos, el calor que a veces te agobia y el chorro de acero de color maravilloso que te deslumbra cada vez que se vierte con suavidad en los moldes. Y sucede que de pronto la fábrica, esos viejos edificios un poco maltratados por los años, un poco sucios, se han convertido en una parte de ti mismo. Entonces, y no antes, es que uno puede llamarse verdaderamente trabajador, y entonces ya el taller es una parte de tu vida y los hombres ya no son sólo los hombres, sino son los compañeros, y ya la fábrica es tu fábrica...

Entonces cómo no va uno a sentir la ausencia de Urbano, cómo va uno a dejar de recordarlo cuando esta fábrica sigue funcionando por él, porque cómo se nos mantienen vivos aquellos minutos en que parecía que el horno iba a volar porque la candela amenazaba destruir el transformador completo...

Aquella noche, después del cambio de turno, la nave de moldeo estaba reponiendo fuerzas, un tanto oscura. Ya entraban los hombres del nuevo turno, se repartían las plantillas, todo iba a comenzar nuevamente, y estaba el horno rojo como nunca, la nube de vapor cubriéndolo todo, las chispas elevándose hasta el techo de la nave, los electrodos resbalando suavemente con su movimiento acompasado, el ojo atento del fundidor vigilándolo todo. Luego los ruidos comenzaron otra vez, la arena fue bajando de las tolvas, los pisones de moldeo se dispararon, el taller cobraba vida y todo volvía a ser normal.

Recuerdo a Urbano conversando en un grupo, como siempre, ya preparado para salir. Terminaba, se reía de alguien, comenzaba a bajar la escalera para dejar la fábrica, cuando sonó el pitazo. Él quedó inmóvil como nosotros, porque aquel pitazo largo, demasiado largo, nos iba penetrando por cada poro del cuerpo, por cada músculo que se nos queda así, paralizado. Porque cada vez que ese sonido inconfundible recorre los rincones de la fábrica, una extraña sensación de angustia comienza a oprimirnos el estómago. Y cada uno espera que termine pronto, que la noche se lo vaya tragando, que se pierda entre otros ruidos mayores para que todo vuelva a ser normal, para estar seguros de que es sólo la llamada habitual al mecánico o al electricista de guardia, o el anuncio de una colada más.

Pero aquel pitazo continuó como si nunca fuera a terminar, como si el horno súbitamente cobrara vida y nos lanzara a todos aquella voz que se nos iba convirtiendo por dentro en algo pegajoso, en una costra blanca que no se desprendía de nosotros. Ya no había dudas. Era la señal de acci-

dente. Todavía nos miramos unos segundos más, esperando, tratando de convencernos ingenuamente de que podíamos estar equivocados. Pero después fue la luz que desapareció de pronto, y una explosión que pareció conmovier los cimientos del taller.

Y ya nadie esperó. Todos salimos hacia el pasillo, corriendo, chocando en aquella oscuridad. Llegamos a la puerta del taller de moldeo y los ojos se nos fueron hacia el rincón del horno. Nos detuvimos, sorprendidos. Ya no era el resplandor de siempre, la nube de vapor tan conocida o las débiles chispas amarillas. Ahora, largas lenguas de fuego se elevaban desde todas partes y el horno era una furia rojiza que parecía envolverlo todo en oleadas de calor asfixiante. Tuvimos un segundo de vacilación, porque nadie sabía qué hacer de momento. Después, la pequeña figura de Urbano se desprendió del grupo, cruzó en la oscuridad la nave de moldeo, saltó sobre las cajas de sombras amenazadoras que apenas permitían el paso y se lanzó sin vacilar entre el humo y las malas palabras de todos nosotros que habíamos salido tras él, tras su sombra que se nos iba perdiendo.

Cuando llegamos al horno, las llamas parecían haber crecido. Sosa también estaba muy cerca, y Santiler, el del Partido, corría buscando algo con qué romper los candados del cuarto de transformadores.

No aparecía el electricista de guardia. Las llamas salían de aquel cuarto que de repente era un infierno de calor. Un olor espeso a aceite quemado flotaba en el ambiente y todos hablábamos en alta voz, ¡busquen una mandarria!, moviéndonos de un lado para otro, ¡un hierro!, buscando sin buscar, ¡algo, coño, algo!, sintiéndonos un tanto impotentes, ¡ya!, gritó

El viejo y el horno uno, ¡ya viene!, y ver la silueta inconfundible de Urbano que se acercaba con una mandarina, los ojos abiertos, jadeando por el esfuerzo, y verlo levantarla, golpear una, dos, golpear la puerta de aquel cuarto metálico otra vez y otra, y ver los segundos pasar con una lentitud insoportable mientras cada uno de nosotros lo ayudaba con los ojos, con la voz, ¡déjame a mí, Urbano!, le gritó Sosa, ¡déjame!, pero él no oía, sólo golpeaba cada vez con más fuerza aquella puerta que parecía inmovible, pero que iba cediendo a cada golpe y otro, y otro, hasta que los candados saltaron y la puerta se abrió y las llamas salieron con más fuerza, como liberadas de una cárcel. Todos retrocedimos, menos Urbano. Él quedó un momento inmóvil, viendo venir sobre sí aquella nube de fuego. Se agachó, recogió del suelo unos sacos que nadie había visto y no pudimos evitarlo porque echó a correr, los sacos cubriéndole apenas la cara y se lanzó sobre el cuarto. ¡Urbano, sall!, gritamos, pero fue inútil, ¡Urbano!, porque ya subía sobre las tapas metálicas de los transformadores mientras nosotros mirábamos como hipnotizados aquella silueta que se recortaba en el resplandor de las llamas, nosotros con los ojos muy abiertos y él estaba allí, en lo alto, golpeando las llamas con los sacos, muy cerca, demasiado cerca de los cables de la treinta y tres mil o de la cuatro cuarenta y él seguía golpeando el fuego, aplastándolo, haciéndolo desaparecer del cuarto, apenas sin sostenerse, suspendido casi en el aire por nuestras voces de aliento, y comenzó a caer sobre nosotros una lluvia de aceite quemado, caliente, pero nadie sintió nada y ahora aparecieron otros sacos y Sosa se lanzó también sobre las llamas y Onel y Ariosa, y Rojas y ya entonces todos quisimos hacerlo y nos acercamos mientras Urbano seguía levantando aquella lluvia de aceite,

salvándolo todo, protegiendo casi con su cuerpo el horno, que es nuestro corazón en la fábrica, y ya llegaban los extinguidores y todos empezamos a calmarnos.

Entonces fue que pasó. Lo vimos resbalar. O más bien lo sentimos. Se mantuvo en lo alto del transformador, detenido en el aire una fracción de momento, apenas la duración de una imagen súbita, y luego fue resbalando, cediendo sus pies hacia adelante, sin un apoyo, sin nada que detuviera la caída y alguien gritó de una forma extraña y creo que de repente todos pensamos lo mismo y Sosa gritó por todos, ¡Urbano, los cables, no...! Pero fue tarde, muy tarde, porque ya sus manos se habían aferrado en la caída sobre aquellos cables finos de la dos veinte y ya todo era irremediable. Lo vimos contraerse, todo el cuerpo temblando, las manos agarrotadas, los ojos y la boca violentamente cerrados, y se fue proyectando hacia adelante, sin voluntad, como movido por una fuerza ciega, y una voz, muy alta, casi descompuesta, y todas las voces en una sola voz, en un solo grito, ¡Urbano, tumben, tumben el *breaker!*, ¡túmbenlo, coño!

Varios hombres salieron corriendo a la vez, chocaron, volvieron a correr como locos, buscando la manivela del *breaker*. Y fue como una larga espera mientras aquel cuerpo contraído casi saltaba, se retorció, y los cables se mantenían aferrados implacablemente a sus manos, y se escuchó un sollozo de mujer, largo, casi como un lamento, y nuestras manos estaban paralizadas y los rostros pálidos, como muertos... De pronto el cuerpo se escurrió entre los cables y quedó como desmadejado, descansando suavemente sobre la cubierta del transformador. El guajira Jorge fue el primero en reaccionar. Entró en el cuarto y apenas en dos saltos, llegó junto a Urbano.

Fue separando el cuerpo de los cables y ahora todos empezaron a hablar al mismo tiempo, a gritar, a decir cosas incomprensibles, incoherentes, pero se oyó la voz un poco más serena de Santiler que gritó ¡Jorge, guajiro, muévele los brazos, dale respiración!, pero Jorge, nervioso, el sudor cubriéndole todo el cuerpo, lo tenía como abrazado y estaba hablándole al oído y todavía las llamas, ya un poco contenidas, amenazaban llegar hasta él...

Todos nos acercamos, levantábamos las manos, gritábamos, ¡una escalera!, ¡no, tíralo, déjalo caer, Jorge!, ¡rápido, coño, que se muere!, mientras se oía el sordo rumor de los extinguidores y las llamas comenzaban a desaparecer. ¡El *yip*, traigan el *yip*!, y Jorge nos miraba a todos, el asombro en los ojos, los brazos apretados al cuerpo de Urbano, sin saber qué hacer. Pasaron sólo unos segundos, pero todo pareció durar horas. Alguien de pronto gritó ¡paso, paso!, y se lanzó sobre el cuarto con una escalera. Entonces, Jorge pareció reaccionar y fue dejándolo caer suavemente, casi con amor, sobre nuestras manos que se agitaban nerviosas...

Recibimos el cuerpo y fuimos bajándolo con cuidado, mientras el sonido del motor del *yip* se escuchaba como una voz apresurada. Alguien nos separó a todos con brusquedad. Era Favio. Apretó su boca sobre los labios descoloridos de Urbano y comenzó a echarle bocanadas de aire, el cuerpo temblándole por el esfuerzo, ¡sigue, sigue!, ¡dale aire!, le gritó Sosa. Favio se separó, le introdujo los dedos en la garganta y con un gesto brusco, le sacó la lengua que era una pelota ne-gruzca. Entonces Urbano vomitó, le vomitó en la cara a Favio y Favio no hizo caso del vómito, volvió a pegarle los labios a la boca de Urbano y ahora le echaba aire con más fuerza, y ya

todos le movíamos los brazos, las piernas, y otros gritaban y la muchacha del laboratorio, pegada a la pared, dejaba escapar unos sollozos mientras se tapaba la cara con las manos, ¡dejen, dejen al *yip!*, ¡móntenlo!

Entre cuatro cargamos el cuerpo de Urbano. Lo apretábamos con las manos como si quisiéramos infundirle vida, alguien le movía la cara, le daba palmadas, decía bajito ¡Urbano... Urbano...!, pero él no se movía, no respiraba, las manos colgándole blandas, sin vida. El *yip* salió de la fábrica. Adentro iban Sosa, Jorge, no recuerdo quién más. Y el resto nos quedamos, mirando las luces que se perdían, sin hablar, pálidos, como si la vida también se nos fuera escapando... Se oyó una voz que dijo ¡a trabajar, compañeros! ¡Ya no se puede hacer más! Yo miré otra vez aquel transformador, aquel horno ahora apagado. Luego miré a los otros hombres que volvían al taller, pero todos bajaban la cabeza, y ya nadie habló más...

Ya nadie habló más, porque qué decir, qué decir de los hombres que la muerte se lleva delante de nuestros ojos, qué vamos a decir de Urbano, qué vamos a decir ahora que ya no lo tenemos, o de Jorge, o de Favio que se quedó como petrificado en aquel cuarto mucho después que acabamos con el fuego y que ahora está sentado con los ojos fijos en Lazo, mientras Lazo nos enseña la bandera...

Claro que pasan los días. El trabajo vuelve a lanzarnos al torbellino diario y la memoria se le va enturbiando a uno con el tiempo. Dejan de verse los hombres y los hombres se van olvidando, se van perdiendo en un recuerdo triste. Pero también pasa, puede pasar, que algo, una voz, una sombra, tal vez el eco de una música, nos devuelva su presencia. Por eso es que hacen falta los actos como éste, por eso nos hacen

El viejo y el horno
falta las banderas, los himnos también, porque a veces nos sacuden por dentro, o las palabras un poco torpes pero emocionadas de la gente como Lazo, que ahora levanta sobre su cabeza la Orden que ganamos este año...

Claro que hacen falta. Y sucede que cuando los actos terminan y se aplaude y nos vamos conmovidos, con un poco de orgullo por dentro, cuando el largo pitazo que anuncia una nueva colada nos sorprende y vamos hacia el horno una vez más, cuando volvemos a ver el chorro purísimo cayendo con desordenada suavidad sobre el cubilote y la nube de vapor se disipa sobre el horno, allí, muy cerca, como si estuviera vigi-
lándolo todo, nos parece que está Urbano, fundiendo, desde su muerte, la mejor colada de su vida...

1974

Cuestión de principio

I

Cuando Urbano pidió la palabra, nadie pudo haber imaginado lo que iba a decir; o tal vez sí, tal vez todo el mundo pensó lo mismo: que iba a hacer algún comentario jocoso a costa de Lazo, el del Sindicato, como siempre hacía en cada asamblea, o a proponer una felicitación a nombre de la masa. Pero aquella asamblea no era como las otras. Por primera vez en mucho tiempo no estábamos reunidos para escuchar una descarga por los problemas de la producción, o para oír decir a Santiler, el del Partido, que la emulación estaba por el suelo, o para que el Chino de Capacitación les echara con el rayo a los que no iban a clases. No, felizmente esas asambleas habían quedado atrás desde que Carlos era administrador.

Las cosas habían comenzado a marchar bien, los planes se estaban cumpliendo, la emulación había prendido y mes tras mes la fábrica había comenzado a recuperarse. A veces, en el minúsculo receso del almuerzo o las meriendas, nos poníamos a comentar el cambio de la fábrica, y al final coincidíamos: todo se debía a Carlos. Carlos sí servía. Carlos era el mejor administrador que había tenido la fábrica desde su fundación. Y es que Carlos no venía de afuera como otros administradores, no había caído en paracaídas como el

último que tuvimos y que tronaron por incapaz, porque ¡oiga, si no lo truenan, la gente se alza en la fábrica! Carlos era de los primeros que levantaron el taller de Forja cuando más que taller era un timbiriche; de los alumnos de Agapito, de los históricos. Y eso le daba un prestigio del cará. Pero no era un prestigio regalado, no. Carlos se lo había ganado pinchando como un buey, que aquí en esta fábrica el que no pincha así, el que no se come crudo el acero, no puede pararse a exigirle a nadie. Pero es que además, lo que impresionaba tanto a la gente era que a pesar de su espesa pincha, de no tener tiempo ni para mear, no había nadie que pudiera decir que Carlos no lo había atendido a la hora de plantearle un problema, ni que no lo hubiera aconsejado de la mejor forma. Además, en eso de preocuparse por la gente, Carlos era estrella. Y lo mejor de todo, sin demagogia. Aquí no se hizo ninguna propaganda cuando empezaron la leche y la malta y los helados, los pasteles y los dulces, y fueron abajo la guachipupa y las croquetas de harina; y cuando el almuerzo empezó a mejorar, y de vez en cuando apareció el tasajo y el pollo, todo el mundo comentó que ahora sí se podía trabajar en este lugar. Después nos fuimos enterando de los escándalos y las descargas de Carlos en la Empresa por mejorarnos las condiciones y la voz se fue corriendo, y la moral de Carlos se puso por las nubes.

Entonces había que verlo cuando visitaba algún taller y se ponía ajaranear con la gente. A todo el mundo le decía algo, se preocupaba hasta por cualquier quemadita que alguien se hubiera hecho con la escoria, y le decía: “Oye, cuadro, ve a la enfermería a que te curen”. Te lo decía así, suave, fraternal, pero la voz le salía con una autoridad que hasta los tipos con más fama de duros, de bragados, le hacían caso, y allá iban a echarse su mierdita en la quemada.

“Cuadro”, ésa era la palabrita que se puso de moda en la fábrica. Todo el mundo se decía “cuadro para aquí”, “cuadro para allá”. “Cuadro” éramos todos, hasta los auxiliares de producción. Pero el más cuadro de todos era Carlos. Nadie le decía administrador, ni director ni jefe, ni siquiera Carlos. No. Cuando se hablaba de él, la gente decía: “el Cuadro”, así con mayúsculas. “Ahí viene el Cuadro...” “El Cuadro me dijo...” “Oye, dice el Cuadro...” Así era la cosa desde que Carlos administraba la fábrica; en una palabra, al Cuadro la gente lo quería.

Así que cuando Urbano levantó la mano en esa asamblea, conociendo cómo es él, uno de los tipos más populares aquí, no sólo porque es vanguardia con el hierro caliente, sino porque es un jodedor total, nos pusimos a esperar el chiste. El ambiente era propicio. La asamblea había sido para anunciar que la bandera de la Tradición Heroica volvía para la fábrica después de tres años, y luego que alguna gente se paró para decir consignas y retos a nombre de sus talleres, el Cuadro había planteado que la cosa ahora era no volver a perderla, que era bueno alegrarse y gozar del triunfo, pero que mantenerla era más difícil que ganarla, que todavía había problemas en algunos talleres y los fue mencionando uno por uno y lo que había que hacer para eliminarlos. Preguntó después si alguien quería señalar algo, alguna otra deficiencia que se le hubiera escapado. Pero nadie planteó nada. Por último, fue llamando a la mesa a los obreros destacados y hubo diplomas y abrazos para todos. Alguien dijo bajito: “El primer diploma debía ser para el Cuadro, hay que felicitar al Cuadro, caballeros”. Eso era lo que estaba en el ánimo de la gente cuando Urbano pidió la palabra.

Santiler, que estaba dirigiendo la asamblea, dijo:

—¿Qué hay, Urbano? —Y estiró el brazo señalándolo para darle el turno. Urbano se rascó ligeramente la cabeza. Dijo:

—Yo... —Y se quedó callado un momento, mirando hacia el suelo. Al parecer estaba buscando las palabras. Al principio, la gente no lo entendió mucho, esperando el chiste o la proposición de que la asamblea felicitase al Cuadro por su trabajo; todavía se oían los murmullos y alguna que otra risa por el fondo de la sala. Entonces Urbano dijo de pronto, muy lentamente, como si le costara trabajo pronunciar las palabras:

—Carlos preguntó si había alguna otra cuestión que... Yo quería plantear algo aquí... que... es un poco difícil, porque es un problema... sí, es un problema...

—¿Qué problema? —dijo Santiler, y ahora todos empezamos a ponerle atención y fueron desapareciendo las tosecitas y los murmullos.

—Un problema que a lo mejor no debía plantearlo ahora... pero es que hoy aquí he llegado a la conclusión de que debo plantearlo. Cuadro —dijo de repente dirigiéndose a Carlos— aquí todo el mundo te lleva porque tú eres el mejor administrador que hemos tenido, el mejor de verdad, sin demagogia... —Miró hacia la asamblea que hacía gestos de asentimiento con la cabeza. Sé que todos pensamos: “Bueno, ahora va a hacer la proposición”. —Eso lo reconoce aquí hasta el último obrero de esta fábrica. Yo soy el primero que lo reconoce. Es más, admiro tu trabajo y te admiro a ti, porque por encima de todo, eres compañero de la gente, ni se te subió el cargo para la cabeza, ni eres un empachado. Has seguido siendo el Carlos de siempre. Pero, fíjate, te voy a plantear algo que a lo mejor te duele, porque a mí me duele tener que planteártelo, y

la gente aquí —se viró para la masa que ahora estaba tensa, en silencio— lo va a sentir. —Ahora todos empezamos a mirarnos. Había un silencio extraño y el zumbido de los ventiladores del teatro lo llenaba todo. —Cuadro, tú estás malversando los bienes del Estado.

La reacción de la gente fue espontánea. Se sintió como un rugido, y a la vez un coro de voces altas, cada vez más altas, parecía abalanzarse sobre Urbano.

“Oye, Urbano, ¿tú estás loco o qué?”, gritó uno... “No hables mierda, estás hablando mierda, Urbano...” “Oye, eso es una broma, ¿no?” “Si es una broma”, dijo otro, “es bastante pesada.”

Santiler dio un golpe en la mesa y gritó: “¡Compañeros!” Nadie le hizo caso. “¡¡Compañeros!!”, volvió a gritar, ahora más alto, “¡hagan silencio! Déjenlo que termine”. Con el rostro muy serio, se dirigió a Urbano:

—Termina, Urbano, pero fijate que estás diciendo cosas graves. Y eso hay que probarlo.

—Yo lo sé, Santiler, yo lo sé. Pero te pido que no me interrumpas...

—No, no, sigue, no te interrumpo. Nada más quería aclararte eso.

Carlos parecía tranquilo. No hizo ademán de hablar, sino que sacó un cigarro, pero no lo encendió. Se puso un fósforo en la boca y comenzó a darle vueltas y a morderlo. Pero los que lo conocíamos bien, sabíamos que ese gesto y las arruguitas en la frente, eran síntomas de que estaba preocupado.

—Vuelvo a insistir en que esto para mí es de madre —siguió Urbano, y ahora la voz se le entrecortaba— porque repito que yo a ti te admiro, Carlos, de verdad. —Hizo una

El viejo y el horno
pausa, y luego como si hablara consigo mismo. —Pero es que ésta es una cuestión de principio, coño. Se oyó una voz que dijo: “Abrevia, Urbano, abrevia”.

Ahora todos estábamos atentos a cada palabra.

—Hace un tiempo que yo me enteré que Carlos le estaba dando cemento, ladrillos y otros materiales a Augusto, el reverberista, para que arreglara su casa. Me enteré por casualidad. Yal principio no lo quise creer, porque yo sé cómo actúa Carlos, caballeros.

Aquí todo el mundo lo sabe. Pero me puse a investigar. Y es verdad, es verdad que Augusto ha levantado otra vez su casa con esos materiales. Y esos materiales son de la fábrica, del Estado. Y eso es malversación, Cuadro, eso es malversación. Eso no es correcto, porque es verdad que Augusto tiene su necesidad, la casa se le estaba cayendo. Pero, ¿cuántos aquí no estamos igual o parecido?

Yo no creo que así se resuelva ese problema. Eso es malversación, y coño, me duele tener que decirlo: es más, no lo iba a decir aquí, me iba a aguantar, pero es que no puedo, chico, aquí todo el mundo me conoce y sabe que yo, al pan pan y al vino vino con honestidad, con la concreta y siempre de frente, como tienen que ser los hombres y los revolucionarios, ¿no?

Volvió a formarse el barullo y empezaron a levantarse las manos para replicar. Urbano se había sentado y parecía incrustado en su luneta, con la cabeza baja y una mano sobre la frente. Todo el mundo estaba hablando a la vez. Ya aquello no era una asamblea, sino un verdadero caos.

—¡Oye, Santiler, déjame hablar! —gritó Varela desde una esquina.

—¡Eso es injusto! —dijo otra voz.

Algunos se levantaron y fueron para la mesa a entregarles papelititos a Carlos y Santiler. Las voces siguieron subiendo de tono. Se vio a Carlos decirle algo al oído a Santiler y ponerse de pie. Esto aplacó un poco los ánimos:

—Yo voy a contestarte, Urbano... —empezó diciendo Carlos, pero Santiler lo interrumpió:

—Oye, Carlos, espera... Fíjense, compañeros —dijo dirigiéndose a la asamblea—, el compañero Urbano, ha hecho una acusación grave que no va a resolverse aquí, y menos con careos y con los pocos elementos de juicio que tenemos. Si empezamos a discutir eso aquí, ni vamos a llegar a una conclusión ni esta asamblea se va a acabar nunca. Yo le propongo a la asamblea que el Partido investigue la acusación de Urbano y después se le informen las conclusiones a esa misma asamblea, con lujo de detalles. Levanten la mano si están de acuerdo, compañeros.

Todos miramos a Carlos para ver su reacción. Pero el Cuadro pareció comprender y volvió a sentarse.

Sólo entonces la gente empezó a levantar la mano hasta que la votación fue unánime.

—Bueno, aprobado por unanimidad —dijo Santiler. Ya nosotros les avisaremos la fecha de la asamblea. Es todo, compañeros...

La gente se levantó y salió de la sala comentando en alta voz. Todos miraban a Urbano. Algunos movían la cabeza como reprochándole su conducta. Se oyó una voz que dijo: “La cagaste, Urbano”, y éste levantó la cabeza y luego se quedó tranquilo. Cuando todos salieron, Urbano se puso de pie len-

El viejo y el hornotamente, se colocó el casco, y después de mirar un segundo a la mesa en el estrado, abandonó el salón.

Esa noche, en la reunión urgente del núcleo que citó Santiler, se decidió nombrar una comisión que investigara la acusación de Urbano e informara sus conclusiones al Partido. Eligieron a Varela, jefe del taller de Fundición, para presidirla, y como miembros, a Domenech, jefe del taller de Forja, y a mí, que me ocupaba de Protección e Higiene en el Sindicato.

II

Pensé que la comisión iba a hacer una investigación profunda, detallada, con interrogatorios y actas y todo el papeleo que debe llevar un proceso como ése. Pero no fue así. Apenas terminó la reunión del núcleo, nos reunimos en el cuartico del Sindicato a planificar lo que íbamos a hacer.

—Esto es una mierda de Urbano —dijo Varela, molesto. —¿Cómo va a plantear una cosa así en una asamblea? Vaya, que lo plantee si le da la gana, pero por sus canales, ¿no?

—¿Y si es verdad, Varela? —me atreví a decir yo.

—Ojalá que no lo sea —dijo Domenech, preocupado. —Porque si lo es, va a ser un palo para Carlos y para la fábrica entera.

—Bien —dijo Varela secándose el sudor de la frente, vamos a ver qué se hace. Tú —se dirigió a mí—, mañana, a primera hora vas a casa de Augusto el reverberista y averiguas quién le dio los materiales. Pero fijate, que te diga la verdad.

—¿Y si no quiere decirlo? Porque si lo que dice Urbano es verdad, él no va a echar palante al Cuadro.

—Presiónalo —dijo Domenech. —Le dices que si no te habla claro, el que va ir palante es él y que encima le van a echar la culpa a Carlos. Así que no gana nada con negarlo. Dile que es mejor que lo diga, que si Carlos le dio los materiales, nosotros vamos a ver qué vuelta le damos para que al Cuadro la cosa le sea leve; digo, si ustedes están de acuerdo, porque yo, la verdad, es que echo pie en tierra por el hombre.

—Yo también —dijo Varela. Ahora los dos se me quedaron mirando.

—¿Y ustedes qué van a hacer? —les pregunté a los dos. —Nosotros vamos a hablar con Carlos, ¿eh, Domenech?

—Claro, claro —dijo Domenech sin dejar de mirarme.

Yo me levanté y me dirigí a la puerta. —Yo también lo llevo, Domenech —dije.

Yo sabía que la cosa con Augusto podía complicarse.

Augusto tiene fama de ácido, de tipo cerrado. Cuando se habla con él de cualquier cosa, lo mismo para descargarle que para felicitarlo, uno no sabe lo que piensa. Porque el hombre no habla. Sólo te mira. Y con una cara de mandarina. Es un tipo difícil. Por eso pensé bastante cómo entrarle. Decidí que lo mejor no era ni tratar de imponérmele, porque eso era peligroso con él, ni entrarle por abajo, porque yo sabía que el socio despreciaba a los adulones y a los flojos. Lo iba a atacar de frente, con el corazón en la mano y la concreta en la boca, directo a su conciencia, como hay que hacerles a los obreros de verdad.

Averigüé en Personal en qué turno estaba trabajando y me dijeron que estaba de vacaciones. Le pregunté la dirección de Augusto a la vieja Joaquina, la de Salarios. Mientras buscaba en el expediente laboral, me dijo bajito:

—Estás en el asunto de Carlos, ¿no?

—¿Quién te lo dijo? ¿Cómo te enteraste?

—De todo se entera una, viejo. ¿Ya sabes algo?

—Todavía no se sabe ni hostia, Juaca, anda, dame la dirección.

—Oye, aquí todo el mundo lleva a Carlos... hay mucha preocupación, hay que defenderlo...

—Ya lo sé, pero fíjate, vieja, aquí lo que hay es que averiguar la verdad. —Lo dije en serio y la vieja se asustó un poco.

—Entonces ya tú sabes...

—Ya te dije que ni hostia, no seas chismosa, acaba de darme la dirección.

De la fábrica salí directo para la casa de Augusto.

Vivía en San Miguel del Padrón, al final de una calle bastante trajinada por los huecos. El hombre estaba allí sin camisa, sudando la gota gorda con una mezcla de cemento que estaba preparando. Lo ayudaba su mujer. Había tres niños chiquitos jodiendo con el agua y la arena. Se veía que iba a empezar a repellar una pared de ladrillos que acababa de levantar. Había un reguero de madre en la casa, tongas de ladrillos en la salita, unos sacos de cemento —conté doce— tapados con un nylon, y mucha agua en el piso, una parte de tierra, según pude ver, la otra de cemento acabado de secar.

Cuando me asomé a la puerta, Augusto me reconoció. Nosotros no habíamos hablado nunca en serio. En la fábrica nos cruzábamos el saludo, *quiai, quiai*, y ya. Una vez me le acerqué para preguntarle si tenía actualizado el carnet de salud, y sin decirme una palabra, lo sacó de un *nylon* del bolsillo y me lo enseñó. Eso era todo. Claro, él a mí sí tenía que conocerme, por mis funciones en el Sindicato. Así que cuando me

vio, dejó de remover la mezcla, se limpió las manos y levantó la cabeza, como preguntándome.

—Venía a verte, Augusto. Tengo que hablar contigo de un problema ahí.

Me miró de arriba abajo y luego dijo: —Tú dirás.

—¿Nos podemos sentar por ahí, en alguna parte?

Echó a caminar para el fondo de la casa y yo lo seguí. Nos sentamos en dos bloquitos de concreto.

—Yo no sé si tú sabes que ayer hubo una asamblea en la fábrica... —Lo miré a los ojos de frente, sin miedo.

—No lo sabía. Yo estoy de vacaciones desde hace una semana... —Me sostuvo la mirada unos segundos, pero después la desvió, cosa rara en él.

—Ajá... bueno, el problema es que allí Urbano dijo que los materiales que estás usando aquí te los había dado Carlos. No me dejó terminar.

—Mentira —dijo— eso es falso, no me ha dado nada. “Vaya”, pensé, “yo sabía que esto se me iba a complicar”. —Fíjate, Augusto, se formó una comisión para que investigara el asunto y yo soy de la comisión, y por eso estoy aquí. —Hizo ademán de hablar. —Espérate, mira, para que estés claro. Nosotros no estamos para condenar a nadie, en definitiva al Cuadro lo quiere todo el mundo. Pero mira, hay que averiguar la verdad, porque a la masa tú sabes que no se le puede andar con cuentos de camino, a la masa hay que bajarle la concreta, sin mucha muela...

El hombre se quedó callado, moviendo la cabeza de un lado para el otro, pensando lo que iba a decir.

No lo dejé.

—Mira, cuadro, si Carlos te dio los materiales, tú no ganas nada con decir que no. Porque si tú lo niegas y luego se

El viejo y el horno
averigua que sí te los dio, te vas a embarcar tú y lo vas a per-
judicar todavía más a él. Juega con la verdad, que a la larga tú
sabes que ésa es la que vale...

—Yo lo compré todo en el Poder Popular, en el rastro...
—dijo sin mucha convicción.

—Fijese, cuadro, yo vengo de allá y revisé todas las
facturas del último mes y usted no ha comprado nada allí.
—Se lo dije con tanta seguridad que pensé que iba a creer que
era cierto.

—¡Tú pareces un cabrón policía...! —dijo molesto.

—¡Ah, dios, cará! —le dije riendo. —Oiga, compadre,
yo lo que soy un compañero que va a hacer todo lo posible
porque al Cuadro no le pase nada, lo mismo que toda la co-
misión. ¿Me entiende?

El hombre me miró otra vez, y ahora sí me mantuvo la
mirada. Así estuvimos unos segundos sin decirnos nada. Me
atreví a ponerle una mano en el hombro.

—Coño, Augusto, ¿tú no crees en lo que yo te digo? Tú
me conoces...

Se apretó las manos hasta que le traquearon las falanges.

—Te creo... —dijo finalmente. —Pero ¿qué falta te hace
que yo te lo diga, si ya tú lo sabes? Además, fijate lo que te voy
a decir... Carlos es un tipo de madre, un hombre a todo, y por
ese hombre yo me la ripio.

—Nosotros también, cuadro...

—Y déjame decirte que yo no le pedí nada, que todo
salió de él un día que vino por aquí y vio cómo yo estaba vi-
viendo. Imagínate ahora que por mi culpa lo vayan a castigar.
Eso no puede ser, aquí no ha habido delito, ¿no? —Estaba muy
nervioso ahora.

—Yo creo que no, Augusto. Pero, bueno, tranquilízate y confía en nosotros, coño, confía. —El hombre me había transmitido el nerviosismo. Me puse de pie. —Bueno, ahora me voy. Ya esto está claro. —Eché a caminar.

—Oye, ¿no lo irán a tronar, verdad?

—Me parece que no, cuadro. Vamos a ver qué se hace... Al otro día la comisión iba a reunirse. Yo había llegado temprano a la fábrica y me fui a buscar a Varela al taller de Fundición. Allí estaba controlando el vertido de una colada, echando pestes cada vez que se derramaba el acero sobre la arena de la pista, y las pequeñas explosiones levantaban chispas y pedacitos de escoria en todas direcciones. Cuando pasé por Moldeo, la gente se me quedó mirando.

Uno me preguntó bajito: “¿Qué es lo que hay?, ¿verdad o mentira?” Me sorprendió que tanta gente supiera ya mi papel en la comisión, pero no le contesté nada y seguí mi camino. Crucé por el lado de Urbano, sentado en su mesa de jefe de turno, y me saludó con la mano.

Cuando llegué donde estaba Varela, éste se quitaba el casco y se secaba el sudor con una estopa.

—¡Coño, compadre, tiene que estar uno al tanto de todo! —dijo tocándose una quemadita en el brazo.

—Oye, ya hablé con Augusto.

Se sorprendió un poco con la noticia y me echó el brazo al hombro, mientras echaba a andar para el patio de Acabado. —¿Y qué? ¿Te lo dijo?

—Sí, todo es verdad. ¿Hablaron con Carlos?

—Nos íbamos a reunir con él a las tres, pero Santiler quiere invitar a Urbano. Parece que va a hacer un careo. Ven, vamos a buscar a Domenech.

Salimos al patio y nos dirigimos al taller de Forja.

Por el camino nos cruzamos con Carlos, que nos saludó sonriendo.

—Varela —dijo, ¿cómo va la cosa?

Nos quedamos un poco desconcertados, sin saber qué decir de momento.

—¿El problema tuyo? —dijo al fin Varela. Carlos se echó a reír.

—No, cuadro, qué problema mío ni problema mío. ¡El problema tuyo! Las coladas, cuadro. ¿Cuántas salieron fuera de especificación?

—Ah, no... —dijo Varela—, ninguna, ninguna, todas *okay*.

—Ésa es la cosa, mantenerse ahí, que no salga ni una mala. Bueno, sigo —y echó a caminar. Nosotros nos quedamos en el lugar. Él se volvió de pronto y dijo: —Oye, cuadro, del problema mío no te preocupes tanto, que lo que sea, sonará. Nos vemos a las tres, ¿eh? —y se perdió en dirección al horno.

—¡Qué tipo éste, compadre! —dijo Varela.

—¡De mandarria! —dije yo.

A las tres nos dirigimos al salón de reuniones. Unas horas antes, Domenech, Varela y yo habíamos acordado no dilatar la cosa y plantear ya el criterio de la comisión. Había un hecho claro que no se podía negar:

Carlos le había dado los materiales a Augusto. Y eran materiales de la fábrica. Desde ese punto de vista era, no una malversación como había dicho Urbano —no nos gustaba esa palabra que olía a delito por los cuatro costados—, sino un mal uso de los bienes del Estado. Mirado desde otro ángulo, había

Eduardo Heras León un atenuante grande. Augusto era un excelente trabajador, obrero de avanzada, su casa se estaba cayendo, tenía tres hijos, y Carlos había obrado con sentido humano, vaya, con sensibilidad, como un hombre honesto. ¿Era o no era un atenuante? Eso no debía repetirse, claro, pero no creíamos necesario ningún tipo de sanción, sobre todo, teniendo en cuenta quién era el Cuadro, su trabajo, su actuación aquí en la fábrica. “Ésa es la cosa”, dijo Varela, contento. “¡Entra!”, me dijo Domenech. Y después de chocar las manos, subimos al salón.

Santiler y Carlos estaban allí. Había una extraña tranquilidad en la cara de Carlos, pero yo sabía que por dentro tenía que estar la procesión andándole. Santiler estaba jugando con una fosforera, encendiéndola y apagándola, con el mocho de tabaco apagado en la boca. Nos sentamos sin decir una palabra, porque sentíamos que, a pesar de todo, el ambiente estaba caldeado.

—Enciende el aire, Domenech —dijo Santiler, pero me levanté yo porque el aire estaba a mi espalda, y lo puse en *high cool*.

Nadie decía nada y Varela y yo nos miramos, esperando que la cosa comenzara. Domenech se levantó y se puso a mirar por los cristales para el taller de Forja. Yo encendí un cigarro y observé a Carlos. Era el único que parecía sereno. Ahora estaba leyendo un *file* que tenía abierto y estaba absorto en la lectura. Yo empecé a ponerme nervioso porque no sabía qué estábamos esperando para comenzar.

Miré el reloj y me sorprendió descubrir que sólo habían pasado tres minutos. De pronto la puerta se abrió y Urbano asomó su cuerpo.

—¿Se puede? —dijo, y Santiler le hizo un gesto con la mano. Urbano entró y se sentó en la esquina de la mesa, casi frente a Santiler. Domenech ocupó su puesto a mi lado.

—Bueno, ya estamos todos —dijo el Santi. —Hemos invitado a Urbano, compañeros, porque nos pareció conveniente que él asistiera a esta reunión, para que comprobara la seriedad con que se ha investigado y se va a analizar el asunto que él planteó en la asamblea, y para que precisara o ampliara más la acusación que hizo.

Urbano levantó la mano y Santiler le dijo: —Dime, Urbano...

—Oye, Santi, yo quiero aclarar que nunca he dudado que eso se iba a investigar con seriedad. Vaya, yo soy viejo aquí y sé que en esta fábrica...

—Sí, Urbano, está bien —lo interrumpió Santiler—, pero de todas formas es conveniente que tú estés presente... es un criterio del Partido...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Urbano y se inclinó un poco hacia la mesa.

—Yo quisiera —dijo Santiler dirigiéndose a nosotros que la comisión informara aquí el resultado de su investigación.

Nosotros nos miramos a ver quién hablaba. Varela se decidió:

—Que hable León, que fue el que visitó a Augusto y habló con él.

Todo el mundo quedó pendiente de mí. Yo apagué el cigarro, lo estrujé en el cenicero y carraspeé para aclararme la voz. A pesar de todo, me salió ronca y bajita:

—Para no alargar la cosa, no voy a contar toda la conversación con Augusto. De esa conversación quedó claro que,

Eduardo Heras León efectivamente, Carlos le había entregado los materiales para que arreglara su casa. No sé la cantidad exacta, porque no llegué hasta ahí, pero deben haber sido unos veintidós sacos de cemento y como seiscientos o setecientos ladrillos...

—Fueron veinte —dijo de pronto Carlos con la misma tranquilidad—, y quinientos ladrillos. —Yo lo miré con admiración. Era el mismo Carlos de siempre, fraternal, seguro de sí mismo. Creo que Varela y Domenech pensaron lo mismo. Me imagino que Urbano también. —Sigue, cuadro, perdona la interrupción.

—Sigo. Quedó claro, además, que no hubo lucro en esos materiales; o sea, que fueron regalados, no hubo nada turbio en eso. Y que Augusto los necesitaba de verdad, porque la casa se le estaba cayendo, estaba casi inhabitable, y tiene tres niños chiquitos...

—Espera, León, ésas son otras consideraciones —dijo Santiler. —O sea, que está claro que los materiales eran de la fábrica, ¿no?

—Sí, sí, eso está claro, pero...

—Espera, espera, ¿no hay duda en eso?

—No... —dijo indeciso mientras miraba para Varela y Domenech buscando ayuda.

—Okey, el hecho está comprobado. O sea, el planteamiento de Urbano en la asamblea es correcto.

—Es correcto —dijo Varela por fin—, pero no tan correcto, porque nosotros creemos que en este caso no hubo malversación de bienes, ¿me explico?

—No, no, no te explicas —dijo Santiler y encendió su tabaco. —A ver, cómo se come eso...

—Malversación es cuando un funcionario se roba algo, o lucra con algo que no es suyo, vaya, esa palabra es como decir un delito grave... Aquí no hubo eso, aquí en todo caso se le puede llamar un mal empleo de los bienes del Estado. Para abreviar, Santiler, aquí no hubo maraña, no hubo dinero de por medio. Aquí la cosa está clara: un error, un error de Carlos en darle a Augusto los materiales que eran de la fábrica, pero con el atenuante de que lo hizo por humanidad, vaya, que se sensibilizó con la situación de ese hombre que vivía pésimamente, con tres muchachos, la mujer, un desastre... ¿me explico ahora?

—Mejor —dijo Santiler. —O sea, que ése es el criterio de ustedes como comisión. ¿Es ése? —Ahora nos miró a los tres, y nosotros, casi a la vez, dijimos:

—Sí, eso... eso mismo.

—Bien, para ustedes aquí no hay malversación, sino mal empleo de los bienes del Estado, con el atenuante de la situación de Augusto, ¿no?

—Sí, Santiler —dije yo. —Claro, eso no quiere decir que esté bien hecho, que se puede repetir. Un error es un error, pero si se le explica a la gente así, aquí todo el mundo... — Espera, León —me cortó Santiler. —Lo de plantearlo a la gente, lo que se va a decir a la asamblea, eso se decide después. Vamos por pasos. Yo lo que quería era precisar el criterio de ustedes como comisión, y bueno, parece que está claro, ¿no? ¿Tienen algo más que agregar?

—Más nada —dijo Varela por los tres. —Si acaso, que aquí no hubo mala intención por parte de Carlos; error sí, mala intención o malversación, no.

Los tres nos miramos satisfechos y luego nos fijamos en Carlos, que esta vez tenía la cabeza baja y parecía serio. Urbano se apretaba los espejuelos a la nariz, tratando de que no se le resbalaran. Noté que estaba un poco pálido y movía ligeramente la cabeza de un lado a otro.

Santiler se puso a anotar algo en una libretica mientras mordía el tabaco medio apagado. Dijo bajito:

—Error sí... no malversación... —terminó de escribir.
—Ajá... bien... ¿Ustedes no creen que hay que aplicar ninguna sanción, ¿no?, ¿eh?

—No, Santi —dijo Varela. —Yo creo que si se le explica esto bien a la masa, la gente...

—No sanción... —lo cortó Santiler, volviendo a anotar en su libretita. —Bien —se volvió hacia Carlos. —Bueno, Cuadro, yo quisiera que tú explicaras aquí por qué actuaste en esa forma, sabiendo que... en fin, aclara aquí tu punto de vista en este asunto ...

Carlos se irguió un poco en el asiento. Noté que la mano izquierda le temblaba ligeramente. Cuando empezó a hablar, más que a Santiler, se estaba dirigiendo a Urbano.

—El problema aquí no es de punto de vista. No es el punto de vista mío, o el tuyo, Santi, o el de la comisión. La cosa es más profunda. Toca, por lo menos en mí, lo que tengo de ser humano, lo que tengo de revolucionario. Yo no me voy a poner aquí a justificarme porque no creo que tengo que justificar nada, tengo la conciencia limpia... Si el caso se me presenta igual, en las mismas condiciones, lo más probable es que haga lo mismo. —Hizo una pausa y pasó la vista por toda la mesa. Nadie se movía, todos los ojos estaban fijos en

él. A pesar del aire acondicionado, yo sentía un calor pegajoso. Noté que estaba sudando.

—Hace cuestión de un mes, yo fui a buscar a Augusto para que me reparara un cubilote con urgencia.

Aquí todo el mundo sabe que Augusto no tiene hora para la pincha. Cuando llegué a la casa estaba durmiendo, y tuve que esperar un rato a que se vistiera. La mujer me hizo pasar a la casa, y por poco se me parte el alma viendo cómo vivía aquella gente. Era un bajareque, el techo cayéndose, el piso aquél de tierra... y luego esos tres muchachos en medio de aquello... Había que tener el corazón de pedernal, coño, de hierro, para no conmoverse ante ese cuadro. Luego aquel hombre sale, me pregunta qué es lo que hay, lo explicó y me dice:

“Vamos para allá, perdone el desorden que hay aquí”. Ese hombre no me pide nada, ese hombre sabe que yo le puedo resolver su problema, y tiene, coño, la honradez, la entereza de ni siquiera decirme: mire cómo vivo... No, lo único que piensa es resolverle su problema a la fábrica... Eso me conmovió, me conmovió porque yo soy un comunista, un revolucionario, un ser humano. Y entonces decidí que si él le resolvía el problema a la fábrica, la fábrica le iba a resolver su problema a él. Y le di el cemento y le di los ladrillos, que en definitiva son una mierda, que no le van a resolver ningún problema grave a la fábrica; que ahora, lo que es ahora, no nos hacen falta... Si eso es un error, si eso es malversar los bienes del Estado, coño, cuadro, entonces yo no he aprendido nada de la Revolución en estos veinte años...

Se echó para atrás en su asiento y respiró profundo.

Estaba alterado y las manos le temblaban. Estuve a punto de aplaudirlo. Mientras estuvo hablando, Varela y

Domenech constantemente me daban golpecitos con sus rodillas, como diciendo: ¡óyelo! Miré a Santiler y me pareció que también se había emocionado. Digo me pareció, porque con Santiler es difícil definir lo que siente. Él no lo refleja en la cara.

Nunca he visto un hombre más sereno. Es un tipo indiscifable. Ahora Varela y Domenech sonreían mirando al Cuadro. Urbano estaba serio.

—¿Terminaste, Carlos? —dijo Santiler.

—Terminé —dijo Carlos un poco más calmado.

La tensión se había aflojado. Nos movimos en los asientos y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, Varela, Domenech y yo encendimos cigarros.

—León, ¿por qué no traes una jarra de agua de la oficina de Carlos? —me dijo Santiler.

Yo salí. Crucé el pasillo y entré en la oficina. De una mesita de la esquina cogí la jarra y cuatro vasos y los llevé al salón. Fuimos bebiendo por turno. Le ofrecí un vaso a Urbano, pero me hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Bueno... —dijo Santiler después de la pausa. —Urbano, ya tú has oído los criterios de la comisión y lo que acaba de decir Carlos. Me parece que ya hay suficientes elementos de juicio para reconsiderar todo el problema. Queremos saber ahora tu opinión, pero sin reservas; puedes, mejor, debes decir todo lo que piensas, después de haber oído lo que se ha dicho.

Urbano estaba como contraído. Sudaba y tenía una expresión de sufrimiento, de angustia. No le reconocí su voz habitual.

—Coño, compañeros, yo no soy un hijoeputa...

—Urbano —dijo Carlos—, aquí nadie ha pensado nunca que tú seas un hijoeputa, cuadro, al contrario...

—¿Tú crees que yo pueda haber pensado eso?, ¿tú, que me conoces?

—No, Carlos, no lo digo por ti... yo sé quién tú eres... Lo digo por mí mismo... Oyéndolos a ustedes estaba pensando: coño, yo debo ser un hijoeputa... tiene que ser... porque, bueno, los oigo a ustedes y por dentro me digo que sí, tienen razón, lo que se hizo se hizo honestamente, a conciencia, con limpieza.

Coño, pero entonces, ¿por qué no estoy convencido? ¿Por qué acá dentro sigo pensando lo mismo? ¿Tú no crees que yo soy el primero que quisiera estar de acuerdo? ¿Tú no piensas que yo a ti te admiro y te tengo un aprecio del cará? Me digo: tiene razón, coño, es un revolucionario sensible, hizo bien. Pero después siento como una comezón aquí dentro que no me deja tranquilo y alguien me dice por dentro que no, y que no... Y es no, Carlos... es no. Vamos a admitir todo lo que tú dices, es más, te lo admito. Se le dice todo eso a la gente en una asamblea. La gente lo va a aceptar, yo lo sé, porque te llevan, nadie quiere que te castiguen. Pero van a pasar los días y lo que se dijo se va a olvidar. Y entonces un día, mañana o pasado, van a venir tres o cuatro, o veinte, y también te van a pedir materiales para arreglar su casa, porque lo necesitan igual o más que Augusto. ¿Tú se lo vas a dar, eh? No, ¿verdad? ¿Y con qué moral se lo vas a decir, si ya tú lo hiciste una vez? Porque aunque no te lo digan, van a pensar que con Augusto sí, y con ellos no. ¿No va a ser peor el remedio que la enfermedad? ¿Me entiendes?

La última frase la dijo como si estuviera suplicando. Carlos había bajado la cabeza. Varela y Domenech también. Sólo Santiler y yo mirábamos a Urbano con atención.

—Yo me siento un poco culpable —continuó Urbano—, porque yo sé que fue un error mío haberlo planteado en la asamblea... estoy convencido de que a lo mejor si te lo planteo a ti mismo o a Santiler, las cosas no hubieran sucedido así... porque tú mejor que nadie sabes lo que has hecho por esta fábrica ... tú mejor que nadie sabes lo que tú significas aquí para...

La voz se le cortó de la emoción. Santiler me hizo un gesto con los ojos, señalándome el agua.

Llené un vaso y se lo pasé a Urbano, que esta vez se lo bebió de un golpe. Se secó la boca con el dorso de la mano. Después sacó un pañuelo sucio y fue quitándose el sudor de la frente. Finalmente intentó limpiar los espejuelos.

—¿Puedo irme ya? —preguntó en un hilo de voz.

—Sí, puedes —dijo Santiler. —Oye —agregó cuando Urbano abrió la puerta—, antes de la asamblea, volvemos a hablar, ¿okey? —Urbano salió y la puerta chirrió muy fuerte en medio de aquel silencio.

Nadie se movía ni hablaba. Pensé que alguien haría algún comentario, pero todo el mundo estaba ensimismado. Domenech se comía las uñas. Varela tosió ligeramente. La voz de Santiler se oyó serena:

—Hay algo que yo quisiera precisar aquí que me parece vital. Si de algo nos podemos sentir satisfechos en esta reunión, es que aquí todos han hablado con honestidad, independientemente de que estén equivocados o no. Han dicho lo que piensan, sin reservas, y así es como tienen que hablar los revolucionarios.

De otra manera no se puede, de otra manera se crean resquemores. No se avanza. Por eso esta reunión ha sido bue-

na, de calidad. Urbano decía que era un error suyo haber planteado este problema en la asamblea. Y yo les digo a ustedes que no, que no fue un error. A lo mejor pudo haberlo hecho de otra forma, o haber esperado otro momento, incluso haberlo planteado antes. Pero en esencia, viendo las cosas como debemos verlas nosotros, como nos hemos acostumbrado a verlas en esta fábrica, hizo bien. Lo planteó de frente, con la verdad en la mano, y sobre todo con una honestidad de madre. Eso se lo tiene que agradecer todo el mundo aquí, a pesar de que lo que planteó fue duro, a pesar de que se ponía en crisis la fábrica y ponía en crisis a Carlos. A la larga, el mismo Carlos se lo tiene que agradecer. —Carlos inclinó aún más la cabeza, se pasó los dedos por el pelo y luego se echó hacia atrás en su silla, cruzó los brazos y se quedó mirando a Santiler.

—Creo que en este problema hay dos aspectos distintos, Carlos. Cuando tú dices que eres un comunista, un revolucionario, un ser humano, y que por eso tomaste esa decisión con Augusto, yo te entiendo. Tanto te entiendo que si me pongo en tu lugar, me parece que a lo mejor yo hubiera hecho lo mismo. De verdad que lo pienso así. Yo sé que es del carajo ver la necesidad a lado de uno, tener uno la posibilidad de resolverla, aunque sea a medias, de aliviarla, y cerrar los ojos y decir, “que se caiga el mundo, ése no es mi problema”. Yo sé que eso es del carajo para cualquiera, y más para ti, que eres una gente consciente y sensible. Por eso te digo que te entiendo y te admiro esa forma tuya de pensar y de actuar. Está bien. Pero ahora viene el otro aspecto. ¿Tú crees que así se resuelven estos problemas? ¿Tú crees que las necesidades de vivienda de este país se resuelvan así, dándole unos sacos de cemento y un puñado de ladrillos a un necesitado, entre tan-

tos? ¿Y los otros? No, tú sabes que así no se resuelve. Esto se resuelve construyendo casas, como estamos haciendo. Tú me dirás que nos vamos a demorar cincuenta o cien años porque hacemos pocas. Y yo te digo que sí, que ésa es la desgracia que tenemos, que este país es pobre con cojones y todo se hace con un esfuerzo de madre. Ojalá, coño, que ese problema se resolviera en cinco o diez años, pero no se puede. Es verdad que le resolviste a Augusto, pero Urbano tiene razón, mañana no le vas a resolver a los demás... Y no te pienses que es un teque que te estoy dando. Aquí el teque no le hace falta a nadie, y menos a ti. Pero es que además, Cuadro, ese cemento y esos ladrillos no eran tuyos, eran de la fábrica, y tú no tenías derecho a disponer de ellos. Tú eres un administrador del Estado y esos materiales te los dio el Estado para la fábrica, no para resolver casos personales, aunque ahora, como tú dices, no nos hagan falta.

El tono de Santiler había subido paulatinamente. Ahora hablaba alto y las palabras se nos iban clavando en los oídos. Todos estábamos como hipnotizados.

—¿Ves cómo te decía que este problema tiene dos aspectos? Como hombre, como ser humano, te tengo que aplaudir; es más, sigo tu ejemplo. Pero como dirigente, actuaste mal. ¿A quién más que a mí le duele tener que tomar una medida contigo, que te conozco y que hemos trabajado juntos desde hace quince años? ¿A quién? Pero tenemos que pasarte la cuenta, Carlos. —Bajó la voz y miró de frente a Carlos, que tenía los ojos empañados. —Tenemos que pasarte la cuenta. Y yo sé que tú me entiendes... Yo sé que vas a estar de acuerdo conmigo...

Se produjo un silencio insoportable. Parecía que algo iba a estallar de pronto. Carlos se quedó inmóvil mirando hacia la pared. Después bajó la cabeza.

—¿No estás de acuerdo conmigo, Carlos? —repitió Santiler.

—Claro —dijo Carlos. —Claro que estoy de acuerdo.

Eduardo Heras León

Nace en La Habana en 1940. Narrador, editor, periodista y crítico literario y de danza. Es licenciado en Periodismo y en Filología por la Universidad de La Habana. Fundador del Taller de Formación Literaria "Onelio Jorge Cardoso", 1998, hoy Centro de Formación Literaria. Fue Profesor de Literatura Hispanoamericana, de Redacción y Técnica Periodística y de Historia de América en la Universidad de La Habana. Publicó: *La guerra tuvo seis nombres*, *Los pasos en la hierba*, *Acero*, *A fuego limpio*, *Cuestión de principio*, *La nueva guerra*, *Balada para un amor posible*, *La noche del capitán*, entre otros.

Ha representado a Cuba en múltiples eventos internacionales, ferias del libro, congresos y encuentros internacionales de escritores. Ha impartido conferencias en: URSS, RDA, Buenos Aires; Centros Culturales de Galicia; Sao Paulo, Río de Janeiro, Santiago de Chile; Universidad de Sherboorke, Canadá; Universidad Central, Nacional y Pedagógica de Colombia, Universidad de Caracas; Universidad Las Palmas de Gran Canaria, Universidad Autónoma de Madrid y Universidad de Alicante; en diferentes Centros Culturales de Italia, en la UNAM; Universidad de las Indias Occidentales; Universidad de Monterrey; Universidad de Louisville, Ky; Universidad de Saint Louis, Universidad CUNY, New York. Seminarios y talleres de Técnicas Narrativas en la Universidad Católica de Santo Domingo, en la Universidad de Nayarit y de Tabasco, además en la Escuela Internacional de Cine y TV, San Antonio; en Montevideo y en Colombia.

Ha sido jurado de concursos nacionales y extranjeros, como Concurso David, Concurso UNEAC; Casa de las Américas, Festival del Nuevo Cine Latinoamericano; Premio Nacional de Literatura; Concurso Alejo Carpentier; Premio Nacional de Literatura de Colombia, etc. Recibió diversos reconocimientos: Premio Razón de Ser, 1987. Premio Nacional de la Crítica, 1986. El Premio Nacional de Crónica (Concurso 26 de Julio, UPEC, 1990) y Premio Especial del Ministerio de Cultura en el mismo concurso. Recibió la Distinción por la Cultura Nacional en 1990 y la Placa 25 años de la Universidad Central de Colombia.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de enero de 2013.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares para su distribución gratuita
y es cortesía de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung
y Para Leer en Libertad AC.